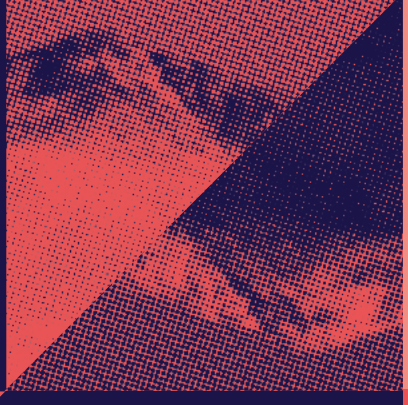
TRAMA

Fernando Atria
Carla Sepúlveda
Luna Follegati
Rebeca Gaete
Álvaro Ramis
Carlos Ruiz
Francisco Arellano
Nicolás Valenzuela
Alejandra Castillo
José Ángel Cuevas



ADVERSARIOS

Directorio.
Cristóbal Reyes
Simón Ramírez
Bárbara Vallejo
Gabriel Boric
Camila Vallejo
Carlos Figueroa
Sofía Orellana
Edson Dettoni
Vicente Segure

Dirección ejecutiva.
Carlos Figueroa
Sofía Orellana
Edson Dettoni

Producción ejecutiva.
Anita Martínez
Matías Galleguillos

Diseño.
Sofía Dannemann
Nicole Cristi

Diseño web.
Sofía Zapata

Edición.
Matías Galleguillos
Nicole Inostroza
Francisca Mancilla
Anita Martínez
Antonio Morales
Lizzy Seaman
Felipe Navarro
Edson Dettoni

Colaboradores.
María Ignacia Besomi
Nicole Inostroza
Pedro Glatz

Patrocinadores.
El Desconcierto
Editorial Metales Pesados

En alianza con
Jacobin Magazine

"Los artículos que publicamos son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no traducen necesariamente el pensamiento de la Fundación Friedrich Ebert."

Íconos: Freepik

Foto página 32: Esta obra proviene de la Biblioteca del Congreso Nacional de Chile, de acuerdo a la licencia de copyright internamente registrada como OTRS ticket 2009090110069017 y OTRS ticket 2009112510051594.

300 ejemplares.
Impreso en Andros Impresores.

Enero, 2016.

metales pesados
EDICIONES

elDESCONCIERTO.cl

ÍNDICE

4 Editorial

6 **Liberalismo, neoliberalismo y socialismo**
— Fernando Atria
—Carla Sepúlveda

13 **La desvinculación. Lo político/social como dispositivo gubernamental**
— Luna Follegati

18 **La tarea de la izquierda ante la derecha y sus cómplices**
— Rebeca Gaete

Artículos

23 **La mesa de tres patas y la racionalidad de los adversarios de la izquierda**
— Álvaro Ramis

28 **La izquierda y los límites de la transición**
— Carlos Ruiz
— Francisco Arellano

33 **La revolución capitalista en Chile y la oligarquía del 1%**
— Nicolás Valenzuela

39 *Entrevista con Alejandra Castillo:* ***"LA PREGUNTA POR LOS ADVERSARIOS SUPONE UN ORDEN IDENTITARIO DE LO POLÍTICO QUE DEBIESE SER CUESTIONADO"***
Por Rodrigo Ruiz

46 *Conversación con el poeta José Ángel Cuevas:* ***"ES UNA CUESTIÓN ÉTICA DE VER, DE VIVIR ASÍ CON DOLOR"***
Por Matías Galleguillos

Entrevista

50 **Nieve artificial: Economía ideológica de la navidad Chilena.**
Por Rodrigo del Río

Crítica Cultural

EDITORIAL

«No piensen ustedes nunca en su patria como una estrella aislada en el espacio dueña de su ley y desentendida de lo demás que es el cielo entero. Piensen en la Patria propia y a las otras entrabadas, tejidas, dentro de un gran lienzo que las sujeta y a lo menos las interviene. Con modestia y racionalidad, siéntanse parte de esa trama y crean que por donde este tejido se debilite, se rompa o se queme, habrá pérdida para ustedes mismos". Gabriela Mistral Prosa inédita.»

Siempre atenta y comprometida, Gabriela Mistral intenta en un texto inédito delinear aquello que nos unirá en este, "el punto muerto a que hemos llegado de la guerra cierta y de la paz dudosa" frente al cual podemos –debemos– "declarar que se necesita otra cosa, algo muy diferente de lo actual".

Comprometida también con la realidad nacional *Revista TRAMA* es, ante todo, un espacio de diálogo entre ideas de izquierda; es decir, entre quienes tengan como horizonte común la transformación de nuestras condiciones de existencia, además de nuestras prácticas y valoraciones respecto de la política como forma de transformación social e institucional.

Estamos convencidos que nuestra contribución se halla, precisamente, en la posibilidad del encuentro común. Será el directo y sincero diálogo el que hará probable la recuperación de una práctica política que no cautele celosamente sus diferencias, sino que contribuya a enriquecer el tejido de nuestra diversidad.

TRAMA pretende entrelazar a una multiplicidad de *fuerzas* que se encuentran dispuestas a discutir tanto el contenido de este horizonte revolucionario, como las vías, estrategias y procedimientos necesarios para consolidar una deliberación y acción política común.

Siendo este un proyecto en desarrollo cons-

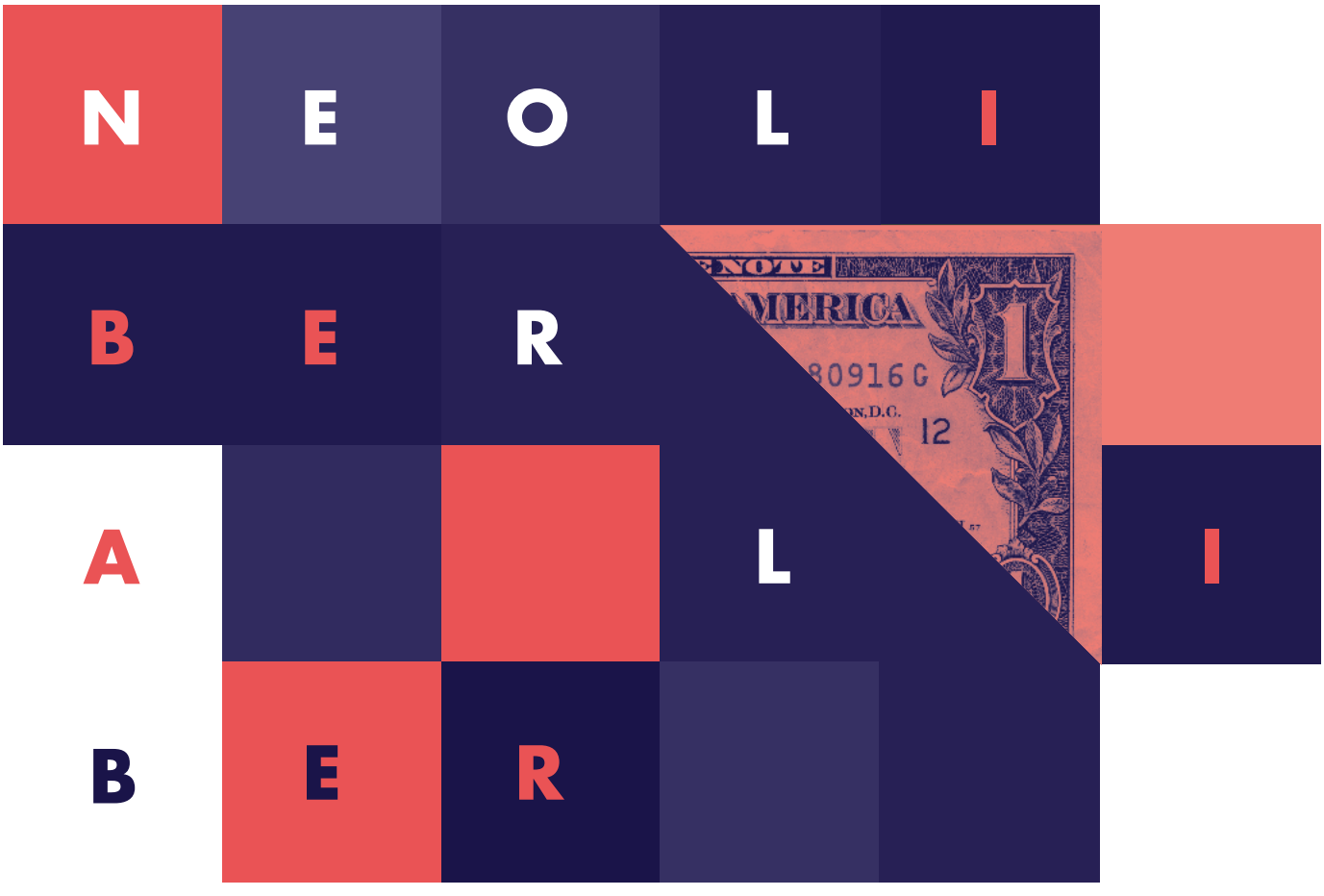
tante, nuestra orgánica como revista ha tomado la forma del desafío impuesto. En su directorio participan personas que en su mayoría militan en distintos partidos y movimientos políticos de izquierda, y que además poseen un interés marcado por aproximarse a la política desde un debate crítico y reflexivo. En base a ese interés es que son parte de esta revista. La temática del número, así como la convocatoria de colaboradores son fruto de la discusión y deliberación colectiva de los miembros de este directorio.

TRAMA pretende interpelar principalmente a aquellos miembros activos de la política orgánica de la izquierda; aquellos que no han podido desarrollar una visión política que les permita analizar críticamente la contingencia; o a aquellos que, habiendo desarrollado una, quisieran enfrentarla con otras visiones. Pero también va dirigida a esa *mayoría de ciudadanos* que escucha de los opinólogos de turno decir que nuestro país es una cultura sociológicamente de centro-izquierda, pero que al vivenciar su cotidianeidad se encuentra con casi nulos grados de confianza interpersonal, con un diseño y cultura del egoísmo y consumo y, en definitiva, con la inexistencia de un sentido político en sus prácticas cotidianas. *TRAMA* procura también aproximarse a aquellas personas que no se encuentran involucradas hasta ahora en la política militante, pero que de una u otra manera se han interesado por canalizar su insatisfacción e indignación cotidiana a través de la reflexión y participación en el espacio público. Es en dicho lugar común donde se puede tejer con distintas hebras no solo la propia conciencia, sino la de todos quienes se encuentren dispuestos a confrontar y generar transformación social mediante la disputa política, asumiéndose protagonistas de una trama, de un relato en construcción para la izquierda.

En su primer número, *TRAMA* reúne distintos artículos en torno al tema *Adversarios*, con el objeto de iniciar la discusión sobre las diferencias y similitudes ideológicas existentes entre los discursos y estrategias de la izquierda al momento de abordar a quién se contrapone a su ideología, a su forma de concebir el mundo y a las estructuras de poder que intenta derrotar, intentando definir aquel o aquello que ocupa el rol de enemigo.

El desafío queda entonces definido: *TRAMA* es un espacio de acceso libre a las ideas y de abierta discusión y confrontación. La invitación es a politizar mediante una acción colectiva de izquierda, en la que todos puedan ser partícipes, entreverados en el proyecto común de un país justo, alegre e igualitario.

Agradecemos la colaboración de la Fundación Friedrich Ebert para la realización de esta publicación.



01. Liberalismo, neoliberalismo y socialismo

— *Fernando Atria.*
Abogado, Universidad de Chile. PhD. Universidad de Edimburgo. Profesor asociado, Facultad de Derecho, Universidad de Chile. Militante Partido Socialista de Chile.

— *Carla Sepúlveda.*
Abogada de la Universidad de Chile. Asesora legislativa del Diputado Giorgio Jackson y miembro del Consejo Político de Revolución Democrática.

"Neoliberalismo" es un concepto interesante. Algunos creen que es un concepto falso, un espantapájaros. La queja al respecto de Mario Vargas Llosa es característica: "Me considero liberal y conozco a muchas personas que lo son y a otras muchísimas más que no lo son. Pero, a lo largo de una trayectoria que comienza a ser larga, no he conocido todavía a un solo neo-liberal". Esta es la primera pista importante: "neoliberalismo" es una designación que no se ocupa en primera persona. Esto parecería indicar que no tiene contenido, que es un término cuya única función es servir de piedra arrojadiza en la discusión política. Pero que una designación no se ocupe en primera persona no quiere decir que no tenga contenido. Sí quiere decir, en cambio, que su contenido es un área de disputa, de controversia política. Es decir, que se trata de un concepto polémico, que se usa para establecer una alineación política.

En este artículo se propone una caracterización política del neoliberalismo, que se distingue de su identificación filosófica. La primera

SOCIALISMO

«El neoliberalismo tiene continuidad con el liberalismo, pero solo en el plano de las ideas. En el plano de las oposiciones concretas, es su opuesto. Y son las segundas, no las primeras, las que identifican políticamente. Por eso, puede decirse que el socialismo es el desarrollo del contenido emancipador del liberalismo.»

es una cuestión de oposiciones concretas, la segunda es una cuestión de teorías o proposiciones que se afirman como verdaderas o correctas. El neoliberalismo tiene continuidad con el liberalismo, pero solo en el plano de las ideas. En el plano de las oposiciones concretas, es su opuesto. Y son las segundas, no las primeras, las que identifican políticamente. Por eso, puede decirse que el socialismo es el desarrollo del contenido emancipador del liberalismo. Dicho contenido es negado por el "neo"-liberalismo, que se apropia del liberalismo como una mera idea.

— Neoliberalismo y liberalismo.

El neoliberalismo entiende al individuo al modo de la economía "neoclásica", esto es, como un agente para quien solo su interés individual tiene fuerza motivacional[1], en el sentido de que solo la acción autointeresada es estable en el tiempo.

La conexión entre esta clase de individualismo y el modo en que se estructura el Estado neoliberal es que la medida de legitimidad de la acción estatal está dada por lo que sería racional

1. *Como decía Adam Smith, el carnicero o el panadero no dan pan o carne al otro porque este lo necesite, sino porque esa es la manera en que ellos pueden servir su propio interés: "No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su propio egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas" (Smith, 1994: 17).*

para cada individuo. Para el neoliberal, entonces, las acciones estatales legítimas son solo aquellas compatibles con la maximización del interés individual de cada uno porque corresponden a una acción o prohibición querida por todos, salvo por el irracional[2]. Bajo esta lógica resulta conveniente para un individuo reconocer al Estado poder para protegerle del ataque de terceros, pero resultaría aún más conveniente para él que el Estado lo protegiera *solo a él* del ataque de terceros y no a los demás. El problema es que una pretensión de esta clase es insostenible por la simetría de la situación entre los individuos: si la pretensión se cumpliera para todos, no habría protección para nadie. Sin la prohibición de autoexcepción, la pretensión resulta entonces inestable.

La cuestión decisiva es qué interés individual generalizado persigue la acción estatal[3]. Como se trata de intereses individuales, la decisión justificada para el Estado es, en rigor, la misma a la que los individuos llegarían contratando por su cuenta, si no fuera porque los costos de contratar hacen la contratación directa imposible en los hechos[4]. Actuando en persecución racional y autointeresada de sus intereses, los individuos financiarían fuerzas de seguridad y tribunales, o programas mínimos de protección social (y por eso el Estado neoliberal puede legítimamente hacer todo eso). Pero no acordarían financiar educación o atención de salud superior al mínimo indispensable, a menos que de ese modo pudieran ganar algo[5].

— Liberalismo: contrato social y estado de naturaleza

Lo anterior es neoliberalismo, no liberalismo. En sus orígenes, el liberalismo no estaba preocupado de emitir un juicio sobre la falta de justificación del Estado de bienestar, ni de identificar en las políticas redistributivas un "camino de servidumbre". ¿Tiene razón el neoliberal que dice portar hoy el estandarte que en su momento llevó el liberalismo? Nótese cómo esta pregunta se proyecta en dos sentidos: primero, hacia el socialista, que asume una posición contraria al neoliberalismo: ¿está con eso asumiendo una posición contraria al liberalismo? Pero segundo, hacia autodenominados "liberales" como Vargas Llosa y tantos otros, que rechazan el término "neoliberal" pero proclaman su liberalismo: ¿es eso contradictorio? La mejor manera de comenzar examinando la relación que hay (o no hay) entre liberalismo y neoliberalismo es mirar a la idea central originaria, la idea desde la que una teoría individualista arranca: la de contrato social.

Como teoría, el liberalismo piensa lo político desde el estado de naturaleza y, desde aquel, justifica el Estado a través del contrato. En estado de naturaleza, los hombres vi-

2. *Por irracional se entiende aquí a ese que Hobbes llamaba "the Fool". La oposición del irracional es, precisamente por ello, políticamente irrelevante.*

3. *Este interés es generalizado porque excluye la prohibición de autoexcepción, pero sigue operando bajo una lógica individual.*

4. *Tales son los que, en el discurso económico, se denominan "costos de transacción". En este contexto, el más notorio de estos costos es, desde luego, evitar la autoexcepción, lo que es tematizado a veces "problema del free-rider".*

5. *Lo anterior no es una exageración retórica, como tampoco es solo derivación de las consecuencias que se siguen (a nivel conceptual) de premisas que pueden calificarse como neoliberales. En Chile abundan los ejemplos, como las reflexiones que dieron lugar al actual sistema educativo en Chile. Véase, por ejemplo, Jofré (1987:212).*

6. *La vida es "solitaria, pobre, desagradable, bruta y breve", decía Hobbes en lo que debe ser uno de los pasajes más famosos de la teoría política (Hobbes, 1987:89).*

7. *El contrato, por cierto, no debe ser entendido como una descripción histórica, pero tampoco como un "mito". Es una forma de expresar la idea (liberal) de la que arranca el neoliberal: que la legitimidad del Estado se funda en que protege los intereses de los individuos, que son anteriores. Cada individuo "contrata" estratégicamente, persiguiendo su interés particular, y de la suma (es decir, de la generalización) de esos intereses particulares surge el Estado. Los derechos que los individuos no ceden se denominan por eso "inalienables". Que un derecho sea inalienable quiere decir que un individuo no puede renunciar a él por convención. Nótese que aquí para entender el sentido de los derechos "inalienables" es necesario invertir las cuestiones: no se trata de que la tesis (1) de que son inalienables tenga la consecuencia de que (2) no puedan ser cedidos, sino al revés: la idea de que (1) no es racional para los individuos deshacerse de ellos se expresa diciendo que (2) son inalienables.*

ven vidas miserables[6], porque están siempre expuestos al ataque de otros. Cada individuo mira al resto como medios para realizar sus fines (es solipsista) y por eso el estado de naturaleza es un estado de guerra, del que a cada uno conviene escapar.

El déficit del estado de naturaleza está dado por lo que Hobbes llamó "igualdad natural": el hecho de que nadie sea tan débil como para ser incapaz de dañar a otro y nadie tan fuerte como para no temer al otro. La manera en que esta igualdad natural puede romperse es mediante la creación de un agente incomparablemente más poderoso que cada individuo. De este modo, el Estado se justifica mediante el contrato[7].

El recurso a la idea de contrato tiene el sentido político de mostrar que la obligación de los individuos de obedecer la ley no es una obligación natural –una que surja por el solo hecho de que existan seres humanos–, sino artificial. La autoridad del Estado, aunque parezca un dato fáctico dado, requiere también de justificación.

Pero el recurso a la idea de contrato tiene también una segunda implicancia en la teoría liberal: la perspectiva desde la cual ha de juzgarse si va en beneficio o no de cada individuo obedecer la ley. Dicha perspectiva solo puede ser la de la situación previa a la contratación, es decir, el estado de naturaleza. El Estado es legítimo porque ofrece a cada uno una vida mejor de la que se podría tener sin él[8].

— El liberalismo como teoría y como oposición concreta

Lo anterior es una (breve) descripción, por así decirlo, de la *teoría* liberal. Pero el liberalismo no es solo una teoría. El liberalismo clásico fue también una posición en un determinado conjunto de alineaciones concretas, algo que se aprecia al preguntarse contra qué se alzó.

La respuesta es relativamente clara: el *hostis* –enemigo u antagonista– del liberalismo era la monarquía, el antiguo régimen. Por eso en la reflexión liberal clásica no hay discusión acerca del Estado de bienestar, la redistribución, etc. Por cierto, que los autores liberales clásicos no discutan un problema no quiere decir que de esas ideas no se siga algo respecto de este (pues las teorías son conjuntos sistemáticos de ideas). Esta es precisamente la posición que adopta el neoliberal actual. A partir de consideraciones como las anteriores continúa preguntándose cuál es, en ese contexto, la función que el Estado puede legítimamente asumir. Y su respuesta es que debe cumplir su parte del contrato, que consiste, como hemos visto, en un intercambio básico de protección por obediencia (el mismo argumento funda la autoridad del Estado y sus límites). Así, más allá de garantizar la seguridad de cada uno protegiéndolo de los ataques ilícitos de otros, no es mucho lo que un Estado liberal puede legítimamente hacer. De aquí se sigue el sentido que el neoliberal da a las ideas de libertad e igualdad: libertad en sentido negativo (ausencia de coacción no autorizada legalmente) e igualdad ante la ley: la ley no puede tratar a unos como si fueran más importantes que otros (lo contrario infringiría la prohibición de autoexcepción)[9].

Así es como el neoliberalismo puede ser considerado como el heredero del liberalismo, su "neo-"versión.

Pero lo anterior supone tratar la relación entre liberalismo y neoliberalismo como un problema *teórico*, es decir, como si fuera una cuestión de conceptos. Lo que caracteriza al tratamiento teórico o académico de una cuestión como la de la relación entre liberalismo y neoliberalismo es

8. *La declaración de independencia norteamericana de 1766 muestra el sentido en que estas ideas fueron emancipadoras. Los "hombres tienen derechos" y los gobiernos existen para "garantizarlos" tiene el sentido de afirmar políticamente que el Estado es para los individuos y no los individuos para el Estado. Cuando el Estado falla en la protección de esos derechos, pierde toda autoridad y los individuos pueden (están legitimados para) "reformarlo o abolirlo".*

9. *Lo que un Estado neoliberal no puede ignorar, sin embargo (porque sí se plantea una cuestión de ilegitimidad), es la posición del que, como consecuencia de vivir en estado civil (es decir, como consecuencia de deber obediencia a la ley), queda peor de lo que estaba en estado de naturaleza. En ese caso el Estado carece de título para exigirle obediencia y la ley a su respecto es opresión. Por esto, aunque para un Estado neoliberal la desigualdad es irrelevante, la pobreza sí es un problema.*

«El problema es que la teoría construida por el liberal para luchar contra la tiranía y la arbitrariedad ha sido capturada por quienes hoy defienden el privilegio. Los antónimos, no son sustituidos arbitrariamente por los críticos: los antónimos los cambia la historia.»

que opera en el plano de las ideas, y la entiende como una de implicación (a lo más) o de compatibilidad (a lo menos) entre dos conjuntos de ellas (el de las ideas identificadas como "liberales" y el de las identificadas como "neoliberales"). Pero *políticamente* hablando, lo que interesa es el liberalismo como tradición, es decir, como narrativa. Políticamente hablando, la cuestión de la relación entre liberalismo y neoliberalismo es si el sentido político de la tradición liberal es uno que puede ser apropiado por el neoliberal.

Y como ser hoy neoliberal es asumir una posición a la derecha del espectro político, uno bien puede preguntarse si el liberal de antaño, que se ubicaba a lo que desde la Revolución Francesa llamaríamos "izquierda", es efectivamente el antecesor del neoliberal de derecha actual. Para responder esta pregunta, es imprescindible considerar que las posiciones políticas son posicionamientos concretos, que implican determinadas oposiciones. Esto es lo que quiere decir que los conceptos políticos sean constitutivamente polémicos.

— Oposiciones concretas. Sustitución de antónimos

El enemigo del liberalismo era el antiguo régimen. El liberalismo se alzó en nombre de la libertad de cada uno en contra de un sistema que ahogaba la libertad, asignando a cada individuo un lugar, un estatus que se entendía "natural" o "tradicional". Desde el punto de vista del antiguo régimen, el liberalismo fue indudablemente una fuerza emancipadora, "una nueva etapa de progreso político", como lo llamaron Marx y Engels (1981) en *El Manifiesto Comunista*.

Este punto es especialmente importante, porque los conceptos políticos adquieren su significado a la luz de oposiciones concretas y este problema es precisamente uno de oposiciones concretas: una teoría política que surgió para afirmar la libertad frente al tirano ha devenido en una que afirma que el ciudadano que paga impuestos para algo más que financiar la policía y los tribunales es oprimido como el que está sujeto al tirano. Y como una visión socialista necesita estar de acuerdo con lo primero pero rechazar lo segundo, es crucial determinar si la segunda idea es un corolario de la primera (determinar si son, en rigor, separables).

Para hacerlo, nos ayudará considerar la idea que Stephen Holmes llama "sustitución de antónimos". Holmes reprocha a los críticos del liberalismo que sistemáticamente lo malentienden (por ignorancia o mala fe), tergiversando sus conceptos centrales por la vía de sustituir sus respectivos antónimos:

"La idea liberal de competencia es rutinariamente denigrada por la vía de contrastarla con el amor fraterno. Para el liberalismo clásico, sin embargo, el antónimo principal de la competencia no era amor sino monopolio [...] Los antiliberales oponen al escepticismo la sabiduría moral. El antónimo original de la duda liberal era, sin embargo, la falsa certeza y el fanatismo. La pro-

piedad privada es comparada desfavorablemente con la caridad, mientras los liberales la veían como una alternativa a las confiscaciones regias. Las actitudes instrumentales son contrastadas con las actitudes morales, pero ellas parecen más atractivas cuando se oponen, como lo eran en los siglos XVII y XVIII, al derroche y el exhibicionismo cortesanos. Similarmente, los derechos son contrastados con los deberes, una oposición que hace que los primeros parezcan mezquinos y egoístas. Los opuestos originales de la idea de derechos, sin embargo, eran la tiranía, la esclavitud, la crueldad [...]. El contrato o intercambio es contrastado al altruismo recíproco. Pero el opuesto al intercambio no era solidaridad sino una relación en la que una de las partes era enteramente sacrificada a la otra" (Holmes, 1993:253).

Holmes cree que esto muestra la incomprensión o la mala fe de los críticos del liberalismo, que ponen en boca del liberal lo que este no quiere decir. Pero Holmes aquí yerra el blanco, a pesar de haber identificado agudamente el problema (la sustitución de antónimos). El problema no es el del liberal al que sus críticos, sustituyendo los antónimos, hacen decir lo que no quiere decir. El problema es que la teoría construida por el liberal para luchar contra la tiranía y la arbitrariedad ha sido capturada por quienes hoy defienden el privilegio. Los antónimos, no son sustituidos arbitrariamente por los críticos: *los antónimos los cambia la historia*.

Mirando los antónimos originales es posible entender por qué el liberalismo fue efectivamente una fuerza emancipadora. Las instituciones liberales tienen una dimensión liberadora porque permiten el tránsito de una sociedad en la que la posición de cada uno estaba fijada por su estatus a otra en que queda fijada solo por el contrato. Ellas disuelven los vínculos tradicionales. El liberalismo es la oposición al monopolio, el fanatismo, las confiscaciones que dejan el individuo expuesto a la arbitrariedad del gobernante, el derroche y el exhibicionismo, la tiranía, el sacrificio de unos ("inferiores") a otros ("superiores").

Pero, desde luego, entre liberalismo y neoliberalismo hay un evento importante: la derrota de la monarquía. Al ser derrotada, la monarquía dejó de constituir un hostis políticamente relevante.

Y como los conceptos políticos son polémicos, es decir se formulan para dar contenido a oposiciones concretas, el hecho de que una posición resulte vencedora, es decir, derrote completamente a su *hostis*, la hace irrelevante. **Victoriosa, la *teoría* formulada se transforma entonces en una pieza de museo que sobrevive en los manuales de teoría política. Ha quedado *vacante*. Y una teoría vacante es una teoría que está disponible para el momento en que surja una nueva oposición a la que pueda dar contenido. El neoliberalismo es la apropiación de la teoría liberal para hacer frente a un *hostis* distinto (del siglo XX): el socialismo y el Estado de bienestar.**

Pero entonces resulta que el neoliberalismo es neo-liberal solo en un sentido teórico (en el plano abstracto de las ideas) no en un sentido político (en el plano concreto de las oposiciones). Sustituidos los antónimos al hacerse las oposiciones liberales originales políticamente irrelevantes, ¿qué es lo que define a la tradición liberal hoy? ¿El término que el liberalismo clásico acuñó para oponer a su antónimo (competencia, escepticismo, propiedad privada, acción instrumental, derechos, contrato), o la oposición a la forma actual de esos antónimos (monopolio, fanatismo, confiscaciones que dejan al individuo expuesto a la arbitrariedad del gobernante, derroche y exhibicionismo, tiranía, sacrificio de unos a otros)?

Porque el monopolio sancionado por el monarca fue derrotado por el liberalismo, pero hoy su equivalente reaparece en la forma de concentración del capital, producido por el mercado; el fanatismo contra el cual es políticamente urgente luchar ya no es el fanatismo religioso que ha devenido marginal aunque vociferante, sino el fanatismo neoliberal que, escéptico respecto de la posibilidad de que la deliberación política pueda ser sobre lo que va en el interés de todos, la entiende como negociación entre individuos autointeresados, cada uno de los cuales busca manipular al otro para obtener sus fines; la amenaza para la libertad ya no son las expropiaciones regias, sino la enorme diferencia de poder entre ricos y pobres, construida sobre una

propiedad privada que no puede ser vista hoy como protección de la libertad sino de la riqueza, y deja al individuo expuesto a la arbitrariedad de los dueños. Hoy el derroche es entendido como estratégicamente conveniente (hasta tiene una explicación neodarwiniana). Y para qué hablar de la tiranía y del sacrificio de unos a otros: portando sus derechos naturales, ricos y pobres pueden dormir bajo los puentes de París, mientras las condiciones de competencia en una economía globalizada presionan constantemente a la baja la protección laboral, porque las condiciones que deben ser creadas para que las empresas puedan competir con éxito coinciden con las que son necesarias para asegurar al dueño del capital el mayor retorno posible.

Cada par de conceptos ha cambiado su contenido. Respecto de cada uno de ellos, el concepto que para el liberalismo clásico era emancipador (y que hoy el neoliberalismo defiende con entusiasmo) *ha devenido su propio antónimo*; ha terminado por reproducir lo que originalmente pretendía combatir. En estas condiciones defender el concepto original introducido por el liberalismo es abandonar la teoría liberal. Por esto no es raro que los sucesores de los enemigos originales del liberalismo (es decir, los sucesores de los defensores del antiguo régimen), sean hoy los aliados del neoliberalismo. Solo así se hace transparente lo que de otro modo sería incomprensible: que el aliado político del neoliberalismo sea hoy el conservadurismo religioso, el paradigma del enemigo original de la tradición liberal (las llamadas "dos caras" de la derecha)[10].

Por eso, la manera de pensar en el socialismo para nuestra época es comenzar desde las oposiciones concretas. El neoliberal se viste con un ropaje que no le pertenece, cuando es visto a través del lente de las oposiciones, no de las ideas abstractas. Hoy los enemigos de la tradición liberal, o de lo que fue importante y emancipatorio en ella, son quienes mantienen la teoría en las condiciones actuales, y sus herederos legítimos son quienes buscan reformular los conceptos para luchar contra las nuevas formas de los viejos antagonismos. Esa es, a nuestro juicio, una manera especialmente fértil de pensar un socialismo que mire a nuestra época. —**RT**

10. *En efecto, lo que une a neo-liberales y al conservadurismo religioso no está en la teoría. La representación abstracta del mundo que anima –v.gr. a los legionarios de Cristo– está en las antípodas de la que anima al neoliberal. La respuesta solo puede estar en las oposiciones concretas: lo que los hace aliados es que comparten un hostis. Así, el neoliberalismo es conservador en un sentido que lo alinea en intereses con el conservadurismo religioso. Lo que tiene de conservador el neoliberalismo es que acepta la desigualdad como un hecho natural, consecuencia de que, en tanto recursos, unos son mejores que otros (más "productivos").*

Referencias

Atria, F. (2013) *Veinte Años Después, Neoliberalismo con Rostro humano*. Catalonia, Santiago.

Hobbes, T. (1987) *Leviatán*. Fondo de Cultura Económica, México.

Holmes, S. (1993) *The Anatomy of Illiberalism*, MA: Harvard University Press, Cambridge.

Jofré, G. (1987) "El sistema de subvenciones en educación: La experiencia chilena", en: *Estudios Públicos* N°18, Santiago.

Marx, K. (1981) *El Manifiesto Comunista*. Editorial Ayuso, Madrid.

North, D. C. (1990) *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*. Cambridge University Press, Cambridge.

Smith, A. (1994) *Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*. Fondo de Cultura Económica, México.

Vargas Llosa, M. (1999): *El liberalismo entre dos milenios*, [Recurso electrónico: http://www.elcato.org/el-liberalismo-entre-dos-milenios].

02. La desvinculación. Lo político/social como dispositivo gubernamental

— Luna Follegati.
Licenciada en Historia, Magíster en Comunicación Política. Académica USACH. Trabajó en el Centro de Investigación de Género Universidad de Chile. Militante de la Izquierda Libertaria.

Desde el regreso de la democracia, el sistema neoliberal se ha sostenido fundamentalmente mediante la presión de los grupos económicos políticamente representados por el bloque en el poder. Esto se ha traducido en un enclaustramiento transversal de las disputas políticas al interior de la esfera estatal. La formación de alternativas de izquierda no depende solo de una crítica estructural a la economía e ideología neoliberal, sino que debe prestar mayor atención a la administración política con que la ex Concertación y Alianza han intentado sostener el dispositivo de enclaustramiento estatal de la política y la despolitización de lo social.

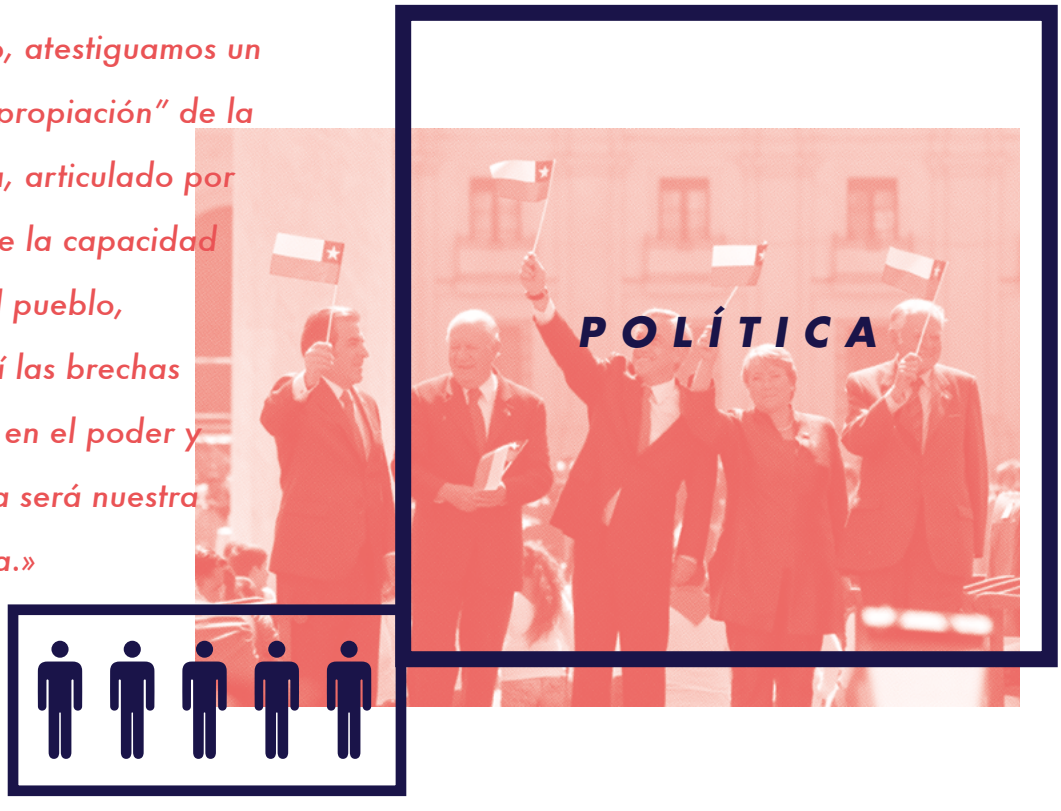
Ya el Estado Nacional Popular, del breve y fracasado periodo desarrollista, intentó –vía pacto social– obturar las capacidades deliberativas y resolutivas proyectadas por el *demos* chileno hacia un nuevo tipo de espacio público vinculante. En ese espacio, la "forma Estado"[1] estaba siendo plegada hacia la vida-en-común, mediante una doble articulación de lo instituido y lo (co)instituyente que llegó a ser nombrada como Poder Popular.

Si la dictadura militar intentó desbaratar esta forma de organización y acción política que desbordó al Estado de Compromiso, la democracia transicional ha operado como un régimen estabilizador que administra la desvinculación interna del pueblo chileno, como también sus capacidades deliberativo-resolutivas (lo político) y las formas en que se atienden los asuntos en común (La Política). De ahí que, más allá de denunciar la articulación clasista del empresariado y la derecha, es necesario pensar los lindes de la política actual, pues es tanto en ella, como en lo social, donde debemos recomponer la doble articulación que impide dicotomizar la construcción del socialismo "desde abajo" o "desde arriba". Es un desafío para la izquierda no solo articular las formas de comprensión de la relación político/política, sino que, a la par, elaborar una propuesta que destruya las construcciones teóricas, políticas y discursivas que han forjado una inmunización de "lo político" (instituyente) por "la política" (instituida). En este sentido, atestiguamos un proceso de "expropiación" de la agencia política[2], articulado por la sustracción de la capacidad deliberativa del pueblo, aumentando así las brechas entre el bloque en el poder y la sociedad. Esa será nuestra primera entrada.

1. *Sobre este concepto ver: Miliband, Ralph (1991).*

2. *Ejemplo de esto es la falta de una legislación sindical adecuada, la carencia de democracia en las instituciones educacionales y la demanda por los de derechos sociales.*

«En este sentido, atestiguamos un proceso de "expropiación" de la agencia política, articulado por la sustracción de la capacidad deliberativa del pueblo, aumentando así las brechas entre el bloque en el poder y la sociedad. Esa será nuestra primera entrada.»



3. *Esta estaría dada por el carácter propio del capitalismo en su incapacidad "Estructural para reproducirse a sí mismo exclusivamente a partir de las relaciones mercantiles y de intercambio que generaliza y mundializa con su expansión" (Leiva, 2010:7).*

4. *En el texto señala: "El concepto del Estado supone el de lo político. De acuerdo con el uso". (Schmitt, 2009: 49).*

— Lo político y la política en el contexto Neoliberal

Al preguntarnos por los adversarios de la izquierda, apuntamos de forma correcta hacia aquellos actores políticamente articulados en la ex Concertación y Alianza. Sin duda, es un escenario provechoso para profundizar transversalmente el neoliberalismo usando el espacio estatal. Lo que una estrategia de izquierda debe partir explicando es: cómo la promesa concertacionista de revertir la condición neoliberal economizante implantada por la dictadura, ha logrado legitimar precisamente la operación contraria. Desde esta perspectiva, la promesa de reversión estaba fundada en un llamado a "economizar" la vida común de la *polis*.

Es necesario acotar que el capitalismo no solo requiere ampliar el campo de lo mercantilizable (salud, educación, medio ambiente), sino también trascender las formas de su reproducción, basadas en la pura circulación de mercancías y su proliferación[3]. Esto finalmente, apunta a una rearticulación de los procesos de acumulación con la producción de subjetividades "apropiadas que [...] luego de un tiempo se van encarnando en nuevas relaciones sociales y nuevos comportamientos" (Leiva, 2010:7,8). La democracia chilena busca legitimar un orden cuyo origen constitucional, en 1980, da cuenta de las formas de reestructuración capitalista y neoliberal, generando "un modelo de regulación, es decir, la instalación de un conjunto de mediaciones e instituciones para administrar dentro de los límites aceptables las contradicciones y conflictos inherentes al nuevo régimen de acumulación" (Leiva, 2010:15).

Es en este escenario donde problematizamos la relación entre lo político y lo social. Como señala la conocida tesis de Carl Schmitt (2009), lo político y el Estado se superponen[4]. Lo político, desde el autor, aparece al momento de distinguir entre amigos y enemigos. Teoría que, desmitificando el concepto procedimentalista liberal de la democracia, la re-mitifica al proponer la noción de un pueblo identificado como un "nos-otros" sin antagonismos de clase. Junto con Schmitt, Mouffe (2007) apunta a la construcción adversarial de lo político bajo el modelo agonístico en tanto dimensión característica de las sociedades humanas. Lo peculiar, argüirán autores como Mouffe o Espósito (1996, 2006), es justamente el contenido conflictual de lo político, siendo una dimensión constitutiva y necesaria para su comprensión en los escenarios contemporáneos. Distanciándonos de Schmitt en cuanto a su perspectiva en relación al Estado y el carácter decisionista de este, consideramos que la democracia contemporánea postdictatorial se configura como un escenario particular

para la desvinculación entre lo social y político, al despojar los medios que permiten "tomar parte" en la decisión de los destinos de la sociedad. Separación deliberada, instrumental, de lo social y lo político, donde lo político se enclaustra en la política y "lo social" se presenta como no-político. La peculiaridad de los escenarios liberales radica en la forma en que la neutralización de lo político se articula desde la esfera estatal, generando una vinculación en base a una supuesta coordinación de los intereses de clase, cuyo ejercicio se establece desde el Estado. Si lo social lo comprendemos como el espacio donde radica la posibilidad de decisión y capacidad deliberativa, lo político sería la zona conflictiva de la decisión y capacidad deliberante de la sociedad.

— Lo político y la Democracia en el Chile reciente.

Si bien el ejercicio de análisis implica retrotraernos a los cimientos del sistema jurídico-político soberano, (Agamben, 2003, 2005, 2007) es pertinente acotar nuestra visión a la historia reciente. Tres serán los mecanismos que se vinculan en nuestro análisis.

Por una parte, han sido diversas las tesis que se han levantado para comprender este proceso, entre ellas, la reflexión donde el Golpe aparecía como la síntesis de un proyecto agotado, debido a la polarización de la política chilena[5], al debilitamiento del sistema de representación y a la sobre-ideologización de la sociedad (Villalobos-Ruminott, 2008). Tesis provenientes de una renovada izquierda[6], sitúan el agotamiento del sistema representacional anterior al 73' debido a la radicalización de las demandas sociales, junto con un enaltecimiento de la estabilidad constitucional chilena durante el período 25'-73' que se vio mermada por la inestabilidad creciente del sistema político. Esto posibilitará un análisis autoflagelante sobre los errores cometidos en las formas de concebir y articular la política. Tópicos como autoritarismo/democracia se articulan, en tanto dicotomías, que versan sobre las nuevas características de la política chilena, dando cuenta de la crisis que atravesaban los enfoques tradicionales. El filósofo Sergio Villalobos-Ruminott señala al respecto:

"El fin de la 'vía chilena al socialismo' anunciaba la instauración hegemónica de un concepto de lo político estrictamente acotado a la administración y gestión del capital global y su patrón de acumulación flexible. Así mismo, la Unidad Popular, ese doloroso 'error de juventud', comenzaba a concebirse como expresión de un ingenuo populismo latinoamericano" (Villalobos-Ruminott, 2013:101).

En resumen, el análisis de la polarización social confluye en una perspectiva que se apareja con la aseveración de una sociedad sobre-ideologizada, con complejos problemas del campo político para realizar la representación como "su" función propia y diferenciada.

El segundo elemento surge de la desvinculación de lo social y lo político, articulado bajo la demanda de una democracia consensual, cuya idea se dibuja en la misma dictadura y se materializa en la transición. Más que una redemocratización de la sociedad, contemplamos un escenario que grafica una nueva democracia, vaciada ya del componente antagonista, donde la conceptualización de *transición*[7] establece a lo menos tres dimensiones: un proceso de adecuación y reacomodación de las estructuras dictatoriales escudadas en la Constitución de 1980 (los enclaves); una paulatina economización de aspectos cada vez más diversos de la vida y las relaciones sociales[8]; y la capacidad de cooptación por parte de la política estatal del germen político incipiente contenido, tanto en las formas clásicamente reivindicativas, como en la recomposición del tejido social surgida desde las movilizaciones del 82' en adelante. La dicotomía dictadura-democracia establece una noción para que el despojo de la acción política se vuelva una condición de posibilidad para la readecuación democrática. La noción normativa que le secunda establece una visión administrativa de la política estatal, perspectiva que propicia un atrincheramiento de la labor de los partidos tradicionales al amparo del sistema binominal. La elaboración de tales discursos –devenidos en hegemonía– establece una epistemología de la transición que se articula como dispositivo de gobierno, comprendiendo este último como el "conjunto heterogéneo, que

5. *Por ejemplo: José Joaquín Brunner (1981); Eugenio Tironi (1998).*

6. *Véase Brunner, José Joaquín (1988); Garretón, Manuel Antonio (1984); Tironi, Eugenio (1984).*

7. *El mismo vocablo "transición" apela a un proceso temporal de cambio de estado o situación, apuntando a una idea de futuro inconcluso que se desprende de un marco político definido por un sistema electoral binominal.*

8. *La matriz del cual se levanta de las nociones de mercado-desarrollo-desideologización se realiza en pos de un estigma democrático. Como lo señala Frei: "[…] [L] a democracia será mejor y más auténtica cuando más y más ciudadanas y ciudadanos participen del esfuerzo productivo de toda la nación" (Frei, 1999:36).*

incluye virtualmente cualquier cosa, lo lingüístico y lo no-lingüístico, al mismo título: discursos, instituciones, edificios, leyes, medidas de policía, proposiciones filosóficas, etc. El dispositivo en sí mismo es la red que se establece entre estos elementos" (Agamben, 2011). Saberes en suspenso que intentan adaptarse a las necesidades flexibles de legitimación, logrando con gran facilidad establecer una normativización desde los discursos transicionales. El pensamiento excepcional de la dictadura militar fue, en este sentido, acomodaticio al artejo de la transición.

La tercera arista advierte la reconfiguración paradojal de la promesa democrática, donde esta última sugería una restitución de los escenarios republicanos tradicionales de la política chilena, volviéndose más bien una reconfiguración de los intereses de la élite bajo la noción gubernamentalizad de la distinción político/social. Por gubernamentalidad comprendemos el conjunto de procedimientos, instituciones, saberes, cálculos, tácticas, técnicas y prácticas de subjetivación vinculadas con el Estado. Foucault señala al respecto: "Sociedad, economía, población, seguridad, libertad: esos son los elementos de la nueva gubernamentalidad cuyas formas, creo, aún conocemos en sus modificaciones contemporáneas" (Foucault, 2009:405). La desvinculación político/social posee su origen en la construcción del Estado moderno, restringiendo en el Estado la capacidad de la toma de decisión desdibujando la participación de la sociedad civil. Foucault enfatiza: "La sociedad civil es lo que el pensamiento gubernamental, las nuevas formas de gubernamentalidad nacidas en el siglo XVIII, ponen de manifiesto como correlato necesario del Estado" (Foucault, 2009:400).

En este sentido, la particularidad es cómo esa disociación se administra en el registro chileno contemporáneo. **Así, la dicotomía dictadura-democracia es modulada desde un aspecto institucional, donde Estado y mercado aparecen bajo la rúbrica de tecnicismos procedimentales cuya emergencia se vislumbra en dictadura, pero su legitimación solo fue posible cuando la democracia la hizo viable.** Ello requirió de la desarticulación del incipiente tejido social desarrollado en los 80's, despejando el contenido político de la demanda, arguyendo el pasado politizado de la UP y la fragilidad institucional de la postdictadura. La síntesis del proceso conforma un retorno a la democracia donde más que la restitución de la capacidad deliberante y acción política, se subsumió en una reconfiguración de carácter económico condicionada por el crecimiento del mercado: la movilización y la recomposición del tejido social parecieron estériles frente a las nuevas formas consumistas. Cabe recalcar que la desvinculación de lo político y lo social como dispositivo gubernamental se entreteje en un enjambre de procedimientos políticos, culturales y económicos[9], donde el lenguaje político queda superpuesto en un espacio tecnificado, expropiando así a la sociedad de sus propios términos políticos.

— Resituar lo político: apuntes para un cierre

La pregonada despolitización de la sociedad puede ser leída –desde nuestros términos– como una forma de administración de lo político, basada en el consenso institucional, cuyo objetivo es el de establecer un sistema de dominación que permanezca indefinidamente en el tiempo mediante la construcción de dispositivos gubernamentales. Para ello, el gobierno de turno en conjunto con la élite económica operan estableciendo la vieja práctica de cooptación de las demandas y reivindicaciones políticas mediante la *institucionalización del conflicto*: a saber, aquel mecanismo que reconoce la demanda pero la administra mediante la creación de espacios institucionales (mesas de diálogo, comisiones o comités de expertos) que desvirtúan y desmovilizan el contenido político de la demanda. Así, lo social adquiere una doble dimensión: desde el gobierno se configura como una amenaza que

9. *El objetivo de ello es establecer un cierto grado de unificación y homogenización en los proyectos, perspectivas y directrices políticas, morales y sociales. El desarrollo de una racionalidad gubernamental estaría dado por el procesamiento de la realidad, el cual es manejado por tecnologías políticas, mediante agencias, instituciones, procedimientos, formas legales, políticas públicas, por mencionar algunos aspectos.*

desafía el espacio consensual establecido en la medida que articula una demanda; desde "la política" como un espacio vaciado de politicidad. Una tercera arista se abre respecto de lo social, cuando se concibe como un espacio caracterizado por el distanciamiento de la política tradicional, comprendida desde los partidos políticos.

Desde esta perspectiva, las tres vertientes de análisis comprenden lo social en tanto espacio contrapuesto a lo político. El problema nos lleva a las bases mismas del mecanismo que elabora dicha declaración: la necesidad del sistema democrático de administrar un orden, privatizando las relaciones sociales donde la disputa social está más vinculada a la demanda económica que a los derechos sociales, por cierto inherentes a la promesa democrática liberal.

La democracia transicional ha demostrado cómo se establece en tanto gobierno de una élite económica y política. Cómo se administra la desigualdad mediante el acceso a los servicios y recursos, y cómo demuestra su inoperancia en intentos infructuosos de solventar una contradicción inherente a su propia conformación. Hoy, corregir los fundamentos mismos de esa elaboración de "la política" parece un método inviable en un contexto carente de legitimidad.

Esta reflexión ha enfatizado en cómo se ha posibilitado el verdadero gobierno por parte de las élites económicas de nuestro país: es con la intencionada forma de comprender lo político, como se ha podido asegurar la solvencia del modelo neoliberal. Una política de izquierda debiese abogar por la superación de la distinción político/social, donde los adversarios serían aquellos conglomerados que sostienen la separación de las esferas. Nuestro desafío es entonces poder restituir la demanda política originaria: aquella que apela a una comunidad deliberativa mediante la articulación y restitución de lo político por parte de lo social. —**Rt**

Referencias

Agamben, Giorgio (2003) *Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Ed. Pre-Textos Valencia.

_____ (2005) *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Ed. Pre-textos. Madrid.

_____ (2007) *Estado de Excepción*. Homo Sacer II.1. Ed. Adriana Hidalgo. Buenos Aires.

_____ (2008) *El Reino y la Gloria. Una genealogía teológica de la economía y del gobierno*. Homo Sacer II.2. Ed. Adriana Hidalgo. Buenos Aires.

_____ (2011) "¿Qué es un dispositivo?" En: *Sociológica*, año 26, número 73, pp. 249-264 mayo-agosto.

Brunner, José Joaquín (1981) *Cultura Autoritaria en Chile*. FLACSO. Santiago de Chile.

_____ (1988) *Un espejo trizado*. FLACSO. Santiago de Chile.

Espósito, Roberto (1996). *Confines de lo político*. Ed. Trotta. Madrid.

_____ (2006) *Categorías de lo impolítico*. Ed. Katz. Buenos Aires.

Foucault, Michel (2009) *Seguridad, Territorio, población*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Frei, Eduardo (1999) "Discurso Presidencial. 21 de mayo 1999". [Recurso electrónico: http://historiapolitica.bcn.cl/mensajes_presidenciales].

Garretón, Manuel Antonio (1984) *Dictaduras y democratización*. FLACSO. Santiago de Chile.

Leiva, Fernando (2010) "Acumulación, cohesión social y subjetividad en el capitalismo latinoamericano contemporáneo. El aporte de la economía política cultural crítica". Ponencia preparada para la mesa *Aportes de la Economía Política Cultural Crítica al estudio de América Latina* de la Asociación Centro-Americana de Sociología (ACAS), 4-6 de Agosto de 2010, San José, Costa Rica.

Miliband, Ralph (1991) "Réplica a Nicos Poulantzas". En: Horacio Tarcus (comp.), *Debates sobre el Estado Capitalista/1*. Ed. Imago Mundi. Buenos Aires.

Mouffe, Chantal (2007) *En torno a lo político*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.

Schmitt, Carl (2009) *El concepto de lo político*. Versión de Rafael Agapito. Alianza Editorial. Madrid.

Tironi, Eugenio (1984) *La Torre de Babel, ensayos de crítica y renovación política*. Ed. SUR Profesionales, Santiago.

_____ (1998) *El Régimen Autoritario. Para una Sociología de Pinochet*. Ed. Dolmen, Santiago.

Villalobos-Ruminott, Sergio (2008) "Modernidad y Dictadura en Chile". En: *Revista Acontra Corriente*, Vol. 6, No. 1, Fall 2008, 15-49.

_____ (2013) *Soberanías en suspenso. Imaginación y violencia en América Latina*. Ed. La Cebra. Buenos Aires.

«...es necesario aclarar la diferencia fundamental entre dos debates que comúnmente son confundidos. Por un lado, el de resolver quién es y quién no es de izquierda en contraste con la disputa de quién está a la izquierda de quién.»

03. La tarea de la izquierda ante la derecha y sus cómplices

— *Rebeca Gaete.*
Ingeniera Civil Industrial de la Universidad de Chile. Fue Secretaria General FECH el 2013. Miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas de Chile.

No es extraño observar en la opinión pública un rechazo latente y generalizado hacia la ideología y la política, tras lo que se evidencia la fuerte influencia del gremialismo de Jaime Guzmán, base de la actual Constitución, del modelo educacional y de la sociedad. A la par de esta despolitización, se invisibiliza el origen de la desigualdad, se debilita la democracia, se pierde la conciencia de clase, predomina la desunión y las organizaciones se vacían. Es decir, gana el neoliberalismo, gana el individualismo y gana la derecha.

Como parte de esta sociedad, la izquierda chilena no está al margen de esa influencia, la que se manifiesta en el rechazo a las definiciones ideológicas, en el aprovechamiento del descrédito del Partido como herramienta de transformación política, en la desvinculación de los trabajadores y en el abandono de la lucha de clases, elementos que caracterizan a distintos colectivos de izquierda de este siglo.

Ante esto es necesario aclarar la diferencia fundamental entre dos debates que comúnmente son confundidos. Por un lado, el de resolver *quién es* y *quién no es de izquierda* en contraste con la disputa de *quién está a la izquierda de quién*. Evidentemente la diferencia no radica en la magnitud de la comparación entre grupos de izquierda, sino en que mientras un debate es de carácter ideológico y responde a la necesidad de definición de una táctica y estrategia para el trabajo político propio de todo partido, colectivo, movimiento y agrupación de izquierda; el otro responde a un interés más bien estético e intrascendente para el quehacer de aquellos, potenciado por el desarrollo de una política visceral, y originado y reproducido por la suma de voluntarismos individuales dominados por la soberbia, que dista bastante de lo que es un esfuerzo colectivo de organización.

Del primer debate se deriva la definición de lo que es izquierda y derecha, principio básico para determinar la correlación de fuerzas en las que se implementará la política para cada periodo, es decir, para definir, evaluar y proyectar la fuerza propia, la de la contraparte y la gestación de políticas de alianzas acorde a las necesidades de cada momento.

Por su parte, el segundo debate es abiertamente contraproducente con el avance y consolidación de las fuerzas de izquierda y sus apuestas, y tergiversa, precisamente, la identificación

del adversario político, yendo en directo detrimento de la necesaria unidad dentro de aquellas.

La definición de una ideología como sustento de las organizaciones partidarias fortalece la coherencia, proyección y vigencia de las políticas, cuando se realiza sobre la base de un análisis histórico y profundo respecto de cómo se desarrollan las sociedades que se pretenden transformar, y no meramente sobre una visión coyuntural. Esta práctica, catalogada de anacrónica por parte de fuerzas de izquierda que se plantean a sí mismas a partir del concepto de la "nueva política", constituye un ejercicio de formación y preparación para enfrentar la difícil tarea de la izquierda. Por otra parte, prescindir de ella le facilita la tarea a la derecha, cuyos fundamentos son, como siempre lo han sido, profundamente ideológicos.

En otras palabras, resolver y reivindicar la claridad de lo que es derecha e izquierda política es una necesidad que fortalece a esta última, mientras que el afán de comparación dentro de ella es un vicio que la debilita.

Así, se puede identificar a la derecha como el adversario político de la izquierda por excelencia: aquella que esconde sus intereses bajo el alero de la despolitización. Esa misma que disfraza de libertades individuales a la precarización de los derechos sociales; de terrorismo y delincuencia a la manifestación pública del descontento social; de defensa de la familia a la subyugación de la mujer; de equilibrio político a la sobrerrepresentación de la derecha; de gobierno militar a la dictadura; de error político a la delincuencia empresarial y a la corrupción; de eficiencia a la precarización de los derechos de los trabajadores; de emprendimiento al usufructo del trabajo de otros; de crecimiento económico al enriquecimiento de los dueños de Chile; de incentivo a la inversión a la evasión tributaria, y de desarrollo nacional a la imposición del neoliberalismo como modelo de sociedad.

La derecha chilena, si bien es diversa y posee elementos en común con la derecha internacional, tiene antecedentes de extremismo sin precedentes, generados a partir del modo en que se apropió de la institucionalidad desde la dictadura ideológica iniciada en 1973. Es a través de la fuerza y sin debate alguno como esta impone una Constitución profundamente neoliberal, de la que se desprende y la que hace prevalecer hasta el día de hoy la desigualdad, la rotura del tejido social, la consagración del negocio en desmedro de los derechos, la despolitización, el triunfo del individualismo y, en definitiva, el quiebre de la democracia.

Este es el contexto que enfrenta la izquierda chilena posdictadura: un país sumido en la apatía y en la desinformación, donde el poder económico mantiene sus privilegios de dominación sustentado en la institucionalidad que la dictadura dejó como legado, obstaculizando deliberadamente el surgimiento de la izquierda –a partir de mecanismos como el Sistema Binominal, la educación particular subvencionada, la precariedad sindical, el monopolio de los medios de comunicación masiva, entre otros–, y propiciando una idiosincrasia que posterga lo colectivo, la solidaridad, la conciencia de clase y la participación política.

No obstante este diagnóstico, la izquierda cuenta con la ventaja de la existencia de un espacio remanente que le es propio y que la derecha aún no ha sido capaz de acaparar: la organización social. Si bien debilitadas, las organizaciones sindicales, vecinales y estudiantiles aún se construyen hegemónicamente desde la izquierda, lo que tiene la implicancia táctica de que, sin lugar a dudas, la movilización social es la herramienta base de transformación.

Lo anterior trae consigo un desafío adicional para la izquierda, anteponiéndose al camino que la derecha se abre en este espacio que tradicionalmente no le pertenece. En las últimas décadas, se ha instalado un fenómeno social caracterizado por el surgimiento de movimientos sociales que han aglutinado a importantes sectores de la población tras demandas específicas y sectorizadas. Ejemplos de ello son el Movimiento Medioambiental, el de la Diversidad Sexual, el de Ciclistas Furiosos, el de Autocultivo de la cannabis, entre otros. El aporte de los espacios de convergencia que estos movimientos han suscitado es invaluable para el avance de la democracia y el involucramiento de las y los

chilenos en la política. Sin embargo, es un rol crucial de la izquierda politizar las demandas que en ellos se presentan, pues de otro modo terminaremos potenciando la *participación por la participación,* espacio fértil para la inserción de la derecha y sus estratagemas en la organización social.

Es en función de esa realidad y ante esa derecha que la izquierda se plantea la disputa del poder y la acumulación de fuerza. Se trata de un proceso complejo cuyo surgimiento no puede esperarse a partir de la generación espontánea, y que requiere construcción sobre la base de un trabajo que no nace ni debe terminar en este período. Por ello es que existe la necesidad de generar convergencias con el centro político, aunando compromisos por reformas estructurales que sean capaces de hacer retroceder al neoliberalismo al tiempo que se fortalece la democracia.

Y aquí es cuando aparecen las tachuelas en un camino que ya va cuesta arriba. La impaciencia de los que quieren todo aquí y ahora, la miopía de quienes no ven un camino que supere a la coyuntura, la irresponsabilidad de la apuesta del todo o nada, la ingenuidad del voluntarismo que pretende triunfar sin planificación ni estrategia, la mezquindad de priorizar la acumulación de una fuerza particular por sobre la conquista de la demanda, y la banalidad de ser oposición no por contenido sino por imagen, son solo una expresión de aquello.

Sin ir más allá, la propia ventaja de la izquierda a la que se aludió recientemente, representa una dificultad para su crecimiento. Esto, en la medida en que al ser hegemonía en ciertos espacios de organización, la izquierda pierde de vista la fortaleza que tiene la derecha en un plano nacional, y se ve inmersa en discusiones y proyecciones elaboradas exclusivamente a partir de debates sectoriales, como ocurre con los colectivos universitarios que de a poco han levantado apuestas políticas fuera de sus espacios, errando en los diagnósticos y sobrevalorando su propia fuerza.

Este nivel de segregación de varios sectores de la izquierda organizada, fomenta el desarrollo de discursos que carecen de una perspectiva nacional, histórica y vinculada a la sociedad y, por lo mismo, terminan destruyendo o entorpeciendo el camino avanzado por el resto de la izquierda, dificultando la concreción de la anhelada unidad.

Es, precisamente, la enajenación por parte de estos sectores de la izquierda respecto del nivel de indignidad al que el neoliberalismo somete al pueblo chileno, lo que los hace desestimar el valor que tiene, por ejemplo, que 200.000 jóvenes estudien gratis en el sistema de educación superior, que se eliminen las cortapisas de la sindicalización, o iniciativas como la Farmacia Popular de Recoleta. Estos ejemplos constituyen avances concretos e indudables en el camino a la conquista del poder por parte de la izquierda y su consecuente implementación programática en favor de las mayorías, reafirmándose, sus críticos, como una opo-

«...la izquierda solo tiene una cosa que aprender: la correlación de fuerzas es adversa y se requiere mucho más que un discurso vehemente para reconstruir a la izquierda y ser alternativa de cambio.
Ante ello es necesario establecer que el único adversario de la izquierda es la derecha, pero esta tiene cómplices: aquellos que definen como su enemigo táctico o estratégico a la propia izquierda.»

sición de la izquierda dentro de la izquierda.

Paso a paso, entonces, se va configurando cualitativamente una izquierda que se plantea en función y oposición a la propia izquierda, incluso planteando dicotomías entre lo nuevo y lo viejo como un reemplazo, en la modernidad, a las contradicciones políticas históricas. Y, a pesar de que cuantitativamente estos sectores constituyen una minoría dentro de la izquierda, cuentan con innumerables escisiones dentro de sí mismos, lo que representa un escenario tragicómico, si se considera el contexto nacional descrito.

En este subcontexto, suele trivializarse la crítica al infantilismo dentro de la izquierda y su consecuente funcionalidad a la derecha, la que –lejos de ser una denuncia arbitraria y caprichosa– es parte del propio análisis que Lenin realiza de los adversarios involucrados en el proceso revolucionario en Rusia. Así, los describe como el *típico intelectual, pequeño burgués y desclasado que, con la majestuosidad de un Narciso enamorado de sí mismo, terminan siendo los predicadores pusilánimes de la vacilación.*

Esto no es otra cosa que una crítica certera (1) a la omisión en el análisis de la efectiva correlación de fuerzas en la que se encuentra la izquierda, (2) a la falta de autocrítica, la autocomplacencia, la sobrevaloración de la fuerza propia en desmedro de la unidad en la izquierda, (3) a la falta de definición política y, por ende, de una práctica que supere la coyuntura y, por último, (4) a la desvinculación de su política respecto de las y los trabajadores y de sus necesidades. Esos son los vicios de la izquierda, que deben superarse a partir de un trabajo efectivo que se proponga la concreción de las ideas.

Hoy por hoy parece increíble que después del tremendo golpe a la derecha que significó la revelación de los casos de corrupción, esta aún se encuentre vigente y posicionada para enfrentar futuros procesos eleccionarios y se esté abriendo camino en los debates apostando a frenar las reformas. De esto, la izquierda solo tiene una cosa que aprender: la correlación de fuerzas es adversa y se requiere mucho más que un discurso vehemente para reconstruir a la izquierda y ser alternativa de cambio.

Ante ello es necesario establecer que el único adversario de la izquierda es la derecha, pero esta tiene cómplices: aquellos que definen como su enemigo táctico o estratégico a la propia izquierda.

Frente a esos cómplices, la izquierda debe fortalecerse, educándose desde la unidad y la experiencia, aprendiendo a perder el temor a la ideología, a comprometerse con la práctica revolucionaria y a superar el discurso, a asumir con responsabilidad las consecuencias de la carencia de un proyecto político incidente que se plantee transformaciones para hoy y que se trace un camino estratégico para conquistar el poder político.

Frente a la derecha, deben aunarse fuerzas dirigidas al debilitamiento de cada una de sus herramientas y su desplazamiento de todas las esferas de la sociedad.

Quienes apostamos en los hechos a la convergencia de todas las fuerzas políticas que se pongan a disposición de hacer retroceder a la derecha, estructural y electoralmente, hemos entendido que tal disputa no permite exclusiones. Los vicios dentro de la izquierda son una consecuencia del modelo en el que como sociedad hemos sido formados, y si bien pueden ser perjudiciales en el actual momento político, bajo ninguna circunstancia pueden significar cerrar la puerta a encontrar convergencias, sobre todo en un camino en el que sabemos que, como izquierda unida, nos queda mucho por recorrer.

Las fuerzas de izquierda –nuevas e históricas– que hemos entendido esto, somos mayoría. Ahora corresponde ser hegemonía. —**RT**

04. La mesa de tres patas y la racionalidad de los adversarios de la izquierda

— Álvaro Ramis.
Doctor en Ética y Democracia por la Universidad de Valencia, España. Académico USACH y UAH. Pdte. del Centro de Estudios Cultura Ciudadana.

"¿Por qué Chile no es una nación industrial, próspera y avanzada?". Es la pregunta clave del famoso ensayo "La mesa de tres patas", que Claudio Véliz publicó en 1963. En ese momento el Modelo económico de Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI) aportaba a la izquierda un programa económico potente y de gran alcance. Con matices y contrastes, este enfoque articulaba a distintos partidos y lograba la adhesión de una parte amplia de la clase media profesional y de la gran masa de asalariados que aspiraban a cualificar su inserción laboral en el ámbito industrial.

Si ese era un proyecto vigoroso, racional y necesario, ¿por qué no era posible su plena implementación? ¿Por qué Chile parecía ser un caso de desarrollo frustrado, en la opinión de Aníbal Pinto? (Pinto Sta Cruz, 1973). Véliz identificó como causa la resistencia de tres poderosos grupos de presión, cuyos intereses describe como incompatibles con la democracia y la igualdad. La economía chilena se había asentado desde el siglo XIX en torno a una "Mesa de tres patas" compuesta por sectores interesados en implementar una política de libre mercado sin restricciones, contradictoria con la necesidad de generar un marco de protección arancelaria y de regulaciones en contra de la colusión y los oligopolios que permitiera resguardar a la naciente industria chilena y desconcentrar los mercados.

Estos tres nichos de resistencia eran los exportadores mineros del norte, los exportadores agropecuarios del sur y las grandes firmas importadoras, generalmente situadas en Santiago y Valparaíso. La coalición de intereses económicos entre estos sectores suponía una barrera estructural poderosísima, lo que exigía una enorme capacidad de movilización y concentración de fuerza política para derrotarla. Pero los partidarios del programa ISI lograron la hegemonía cultural y política en esta disputa. Incluso la Democracia Cristiana, bajo el influjo de economistas como Jorge Ahumada (1958), se decantaba abiertamente hacia posiciones que propiciaban un modelo industrializador endógeno.

Desde hacía décadas los intentos de la mesa de tres patas por injertar una política librecambista habían fracasado una y otra vez: en 1938 con la derrota de Gustavo Ross ante Pedro Aguirre Cerda, luego por el rechazo político y social a las medidas de ajuste propuestas por la Misión Klein-Sacks durante el segundo gobierno de Ibá-

ñez, y por la incapacidad del gobierno de Jorge Alessandri de implementar su programa debido a la debacle de la derecha en las parlamentarias de 1961. Finalmente, en marzo de 1965 la coalición liberal-conservadora fue barrida del Congreso, quedando reducida a nueve diputados, perdiendo todos sus senadores.

— La mesa construye una nueva derecha

En medio de esa profunda derrota política y cultural, la mesa tripartita inició su reorganización por una vía ajena a la tradición de sus partidos políticos. Los grandes grupos que controlaban estos sectores resolvieron asumir la salida a la crisis por sí mismos. Usando como punta de lanza *El Mercurio*, forzaron la creación del nuevo Partido Nacional, marcando un quiebre con la actitud temerosa, gradualista y legalista que los partidos de derecha mantenían hasta ese momento. La nueva derecha surgió de la mano de ideólogos "revolucionarios," como Jorge Prat Echaurren y Sergio Onofre Jarpa, para quebrar el curso político del país. En sus propias palabras el Partido Nacional se pensó como un "movimiento rectificador" no solo de los partidos, sino también de los "instrumentos constitucionales" vigentes. Este proyecto político y económico queda claro cuando expresa en su declaración fundacional: "El Partido Nacional lucha por instaurar una democracia orgánica que permita al pueblo participar de los beneficios del desarrollo económico y social, y proteja al individuo tanto de los excesos de las mayorías como de las presiones directas o indirectas de quienes detentan el poder" (Partido Nacional, 1966:2).

Este análisis presupone que con la introducción de la cédula única de votación en 1958, y por la dificultad de mantener el sistema de cohecho y control patronal de voto, era imposible que la derecha se erigiese como un proyecto electoral de mayorías. Frente a ello se debía alzar un modelo en el cual el principio democrático fuera radicalmente vaciado de efectividad y potencia política. La mayoría pasó a ser el gran enemigo que había que neutralizar por medio de esta "democracia orgánica". Esta noción, de claras resonancias corporativistas, y heredera de las distintas experiencias fascistas y del franquismo español, necesitaba un anclaje local que permitiera su instauración en un nuevo contexto. En teoría, se trataba de permitir a la ciudadanía participar en la vida política sin intervención de partidos, por medio de sus "organizaciones naturales", entendidas como la familia, los gremios productivos, sindicales, territoriales, entre otros. Pero en la práctica se trataba de generar otros conductos de decisión política, por medio de relaciones tradicionalistas y férreamente jerárquicas que anularan el principio mayoritario. En 1968 la nueva derecha ya tiene claro que deberá impulsar un profundo cambio constitucional que busque este objetivo. En 1973 encontrará la vía óptima para hacerlo.

— Contradicciones existenciales

Los principales ideólogos de esta solución contra-mayoritaria eran abiertos nostálgicos y admiradores confesos de los regímenes dictatoriales de España y Portugal. Gente como Jorge Prat, y más tarde Jaime Guzmán, no ocultaban sus alabanzas al Franquismo o al Salazarismo. Pero tras esta cáscara de corporativismo anacrónico no se encontraba un verdadero *ethos* "nacional-católico", tradicionalista, fideísta y antimodernizador. La base de la derecha empresarial estaba dispuesta a usar a estos nuevos estanqueros como fuerza de choque y elemento aglutinante para fortalecer y legitimar el proyecto. Pero su voluntad real era distinta. La "democracia orgánica" que se buscaba debía, ante todo, asegurar que la deliberación sobre la esfera económica escapara al control democrático, aislándose en la esfera tecnocrática. Y ello era incompatible con la pretensión moralizante y centralizadora de los integristas católicos y de los nacionalistas corporativistas. Los verdaderos "organicistas", los adherentes sinceros al proyecto del nacional-catolicismo, como Jaime Eyzaguirre, el padre Osvaldo Lira o Bernardino Bravo, solo sirvieron para dar un aliño épico, afectivo y simbólico a esta empresa, que se sostenía sobre una base distinta, claramente post-metafísica. Todo se reducía a autonomizar el sistema oferta-demanda-precio, desligándolo de todas

«Lo bueno es lo que vende. Lo malo es lo que el mercado rechaza. Nada más.»

las demandas sociales, reglas morales, y normas políticas que podían orientar y regular su funcionamiento.

Bajo un disfraz nacionalista, pietista y mojigato, la base de la nueva derecha no albergaba nostalgia alguna por el viejo orden perdido. Su horizonte político estaba en plena consonancia con las tendencias "libertarianas" que se pergeñaban en los laboratorios de Chicago y en los conciliábulos del thatcherismo en ciernes. En sus discursos podían citar a José Miguel Ibáñez Langlois, Escrivá de Balaguer o a Robert Spaemann, pero en la realidad a quienes estaban leyendo era a Hayek, Ayn Rand y Milton Friedman. Si bien aparentaban mirar hacia el pasado, su verdadero norte estaba en un futuro nunca alcanzado e inalcanzable. Su mente divagaba con la utopía de la muerte de todas las utopías, donde imperaba la virtud del "egoísmo racional" y el individualismo posesivo anarco-capitalista.

¿Cómo sintetizar tan grandes contradicciones? Por medio de dos mecanismos: primero, con una gran dosis de hipocresía. Liberalizar las costumbres por la vía de la ampliación del campo de las relaciones mercantiles y, por otro, escandalizarse en público por los efectos sociales de este mismo proceso. Segundo, por medio de la construcción de artefactos conceptuales que les permitieron adulterar algunos conceptos claves de la tradición conservadora y católica. Por ejemplo, la noción de "Estado subsidiario" defendida por Jaime Guzmán y sus seguidores, desarraigada de sus fuentes en la Doctrina Social de la Iglesia Católica, para servir de fundamento *sui generis* de la privatización de los servicios y bienes públicos. Esta impostura intelectual permitió cohesionar a la vieja y a la nueva derecha, posibilitando la convivencia de los antiguos conservadores, agrarios, austeros y pechoños, junto a los jóvenes Chicago Boys, los especuladores de casino, y los emprendedores enriquecidos a partir de la enorme acumulación originaria generada por la rapiña privatizadora de los años ochenta.

— El verdadero núcleo doctrinal

La izquierda tardó mucho en entender esta artimaña política. Recién en los últimos años el truco se ha comenzado a corroer a punta de contradicciones, incoherencias y escándalos inocultables. Tras la piadosa parroquia de *El Bosque* se escondía un negocio inmobiliario y una red de abuso sexual. Los furibundos opositores al divorcio muestran en público a sus amantes. Los devotos financistas de la Universidad de Los Andes o *Finis Terrae* se coluden para lucrar con productos de la canasta básica. Y los irreductibles de Jaime Guzmán se muestran bastante dúctiles en su vida privada. Su irreductibilidad real, la que verdaderamente les aglutina, radicaba únicamente en la defensa ciega y absoluta del núcleo mercantil que la "mesa de tres patas" se reservó para sí, como un campo ajeno e inaccesible a la mano visible de la soberanía popular.

Quienes lograron percibir con mayor claridad esta contradicción existencial en el proyecto político de la "mesa" fueron algunos autores conservadores y nacionalistas que captaron la profundidad de su inconsistencia. Podemos ver esta hebra crítica desde distintas fuentes. Es la crítica que desliza a inicios de siglo Francisco Antonio Encina en *Nuestra inferioridad económica,* donde condena brutalmente al empresariado chileno, incapaz de asumir objetivos de industrialización y desarrollo. Nicolás Palacios, en su *Raza Chilena,* mezcla sus argumentos racistas y sexistas con una pasional denuncia de las élites, a las que describe como extractivas. Como sostienen Coolier y Sater: "Nicolás Palacios, autor de *Raza Chilena* (1904), o Francisco Antonio Encina apelaron a ideas racistas;

«El proyecto histórico de la "mesa de tres patas" presupone un escepticismo moral radical. Para el neoliberalismo la política y, sobre todo, la economía se entienden como ciencias empíricas en las que no hay espacio para el juicio ético...»

aunque diagnosticaron hábilmente lo que antes veíamos como flaquezas de la clase alta, su complacencia con un consumismo evidente, su claro desinterés por ocupar sus energías en el trabajo industrial o comercial, su desprecio por las clases trabajadoras" (Coolier y Satier, 1998:168).

De la misma forma se ve esta crítica feroz en Jaime Eyzaguirre, que basándose en Ramiro de Maeztu, Donoso Cortés, Vázquez de Mella y Menéndez Pelayo, busca en el legado hispánico una manera de construir una identidad nacional basada en el reconocimiento de la propia identidad, es decir, una de vínculos y responsabilidades sociales ineludibles (Vial Correa, 1984). De ahí su desprecio visceral por la derecha parlamentaria y por un empresariado incapaz de salir de su racionalidad monológica. Por eso llega a decir: "El comunismo no ha crecido en Chile únicamente porque voces forasteras han soplado su doctrina en el oído de nuestros obreros. El comunismo –esto es lo triste, pero a la vez lo más verdadero– ha llegado a transformarse en una necesidad de vida o muerte para el proletariado abandonado por una sociedad egoísta, injusta y carente de todo sentido fraternal" (Eyzaguirre 1947:176).

Mario Góngora es otro conservador que ve en el proyecto neoliberal la degradación de la idea de Estado-nación: "El Estado dejó su función activa y directora de la vida nacional", reemplazando "las fuerzas económicas dominantes del capital

extranjero y nacional" por un "régimen oligárquico que subordinaba la política a los intereses económicos de una minoría, lógica necesidad interna del régimen individualista" (Góngora, 1937:55). De allí que en sus últimos años, alarmado ante el giro libremercadista de la dictadura, lance una enmienda a la totalidad al régimen: "El neoliberalismo no es, efectivamente, un fruto propio de nuestra sociedad, como en Inglaterra, Holanda o los Estados Unidos, sino una 'revolución desde arriba,' paradójicamente antiestatal, en una nación formada por el Estado. Se quiere partir de cero, sin hacerse cargo ni de la idiosincrasia de los pueblos ni de sus tradiciones nacionales o universales, la noción misma de tradición aparece abolida por la utopía (neoliberal). En Chile la empresa parece tanto más fácil cuanto más frágil es la tradición" (Góngora, 1992).

— Conclusiones

El rechazo de estos "viejos" conservadores al neoliberalismo no ha sido bien comprendido por la izquierda. La raíz de su crítica es de naturaleza ética. El proyecto histórico de la "mesa de tres patas" presupone un escepticismo moral radical. Para el neoliberalismo la política y, sobre todo, la economía se entienden como ciencias empíricas en las que no hay espacio para el juicio ético, esté basado en las éticas materiales (como las que postulan los conservadores) o en las éticas formales (que podrían proponerse desde la izquierda). No cabe una idea de virtud o vida buena aristotélica, ni un imperativo categórico kantiano, ni un principio de utilidad basado en el mayor bien para el mayor número, ni menos un principio del discurso habermasiano o un principio de responsabilidad como el que propone Hans Jonas. Lo bueno es lo que vende. Lo malo es lo que el mercado rechaza. Nada más.

Esta racionalidad resulta contraintuitiva e intolerable para el sentido común de la población. No se requiere ser de izquierda para rechazar esta forma de cinismo absoluto. De allí que la mesa de tres patas necesite revestir su discurso, apelando a un nacionalismo de caricatura y una religiosidad de parodia que no puede integrarse en el sustrato mercantilista e individual posesivo en el que se les trata de injertar. **El intento de síntesis guzmaniano (neoliberal, nacionalista y conservador) alberga una *contradictio in terminis*** que los más sinceros conservadores, nacionalistas e integristas católicos denunciaron como una impostura doctrinal. Ahondar esa brecha, denunciar esta aporía y **profundizar en esa fisura es una vía que puede ser fecunda. Para ello se debe mostrar que la racionalidad neoliberal pende de un marco categorial que es intolerable e ilegítimo para la amplia mayoría ciudadana, y que por sí misma, sin sus imposturas doctrinales, nunca logrará conquistar mayorías**. —**Rt**

Referencias

Ahumada, J. (1958) *En vez de la miseria*, Editorial del Pacífico, Santiago.

Coolier, S. y Sater W. (1998); En: *Historia de Chile 1808-1994*; Cambrige University Press; España.

Eyzaguirre, J. (1947) Nota editorial en *Estudios*.

Góngora, M. (1992) *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria, 4ª ed., Santiago de Chile, 1992.

_____ (1937) "Portales" en *Estudios*.

Partido Nacional (1966) *Fundamentos doctrinarios y programáticos*. Santiago.

Pinto Sta Cruz, A. (1973) *Chile: un caso de desarrollo frustrado*. Universitaria, Santiago.

Veliz, C. (1963) "La Mesa de Tres Patas" en *Desarrollo Económico*, Vol. 3, No. 1/2, América Latina 1 (Apr.-Sep) pp.231-247. Buenos Aires.

Vial Correa, G. (1984) "El pensamiento social de Jaime Eyzaguirre" en *Dimensión histórica de Chile*, nº 3 pp.99-140. UMCE, Santiago.

05. La izquierda y los límites de la transición

— Carlos Ruiz.
Sociólogo y doctor en Estudios Latinoamericanos Universidad de Chile. Académico, director del departamento de sociología FACSO, y FEN Universidad de Chile. Pdte. Fundación Nodo XXI.

— Francisco Arellano.
Egresado de Derecho de la Universidad de Chile. Jefe de Gabinete del diputado Gabriel Boric.

— Resumen

El dilema de construir una izquierda para el presente obliga a hacerse cargo de toda la extensión y profundidad de la derrota de los proyectos emancipadores del siglo XX, tanto respecto de su propia incapacidad para cumplir sus fines y objetivos declarados, como la efectividad de las élites económicas e intelectuales de adaptarse, reapropiarse de las banderas de la modernidad, y neutralizar a la izquierda como proyecto. El caso chileno es bastante paradigmático, en particular respecto a la capacidad que tuvo la alianza dominante que se fragua durante la dictadura y que luego se proyecta en transición, de transformar radicalmente, y ajustar a sus necesidades, tanto la fisionomía de nuestra sociedad como los contornos y términos de la política posible. En las condiciones de la "izquierda" chilena actual pueden verse ambos procesos: la derrota propia y el avance de la dominación. Construir un camino en la búsqueda de recuperar soberanía sobre nuestras vidas requiere sostener una crítica y un curso de acción que se proponga superar históricamente las condicionantes y límites políticos que instaló la transición. Estos condicionantes y límites establecen un terreno absolutamente estéril para una política transformadora. La emergencia de un actor político cualitativamente distinto a los que conocemos hoy, requiere la crisis de los paradigmas sobre los que se sustentan estos proyectos, de modo que al calor de su propio proceso de constitución, vaya trazando el camino para la constitución de un nuevo proyecto transformador y emancipatorio.

—

El justificable agobio e impotencia que producen las condiciones del mundo en que vivimos (guerra, explotación, desigualdad, individualismo extremo, desastres socioambientales, etc) lleva a muchos a abrazar las banderas históricas de la izquierda sin realizar la necesaria reflexión sobre las condiciones y posibilidades para convertir dicha tradición en práctica y pensamiento vivo para los desafíos del presente. Un breve repaso a la situación actual de los proyectos revolucionarios y reformistas del siglo XX obliga a hacer una pausa y cuestionar muchas de las inercias vigentes en la política nacional, a modo de poder imaginar un curso verdaderamente transformador para las fuerzas de cambio en Chile.

«...Sostener una crítica y un curso de acción que se proponga superar históricamente las condicionantes y límites políticos que instaló la transición. Estos condicionantes y límites establecen un terreno absolutamente estéril para una política transformadora.»

No deja de remecer la memoria de quienes honestamente creyeron en el proyecto del socialismo soviético las repetidas imágenes de la caída del muro, el deshielo final, y la constatación irremediable del fracaso de los así llamados "socialismos reales". A pesar de que una malentendida lealtad invita a proseguir en su defensa y justificación, resulta ineludible para retomar las banderas históricas de la izquierda, aceptar que estos procesos nunca lograron socializar el poder, y terminaron creando, en torno a sus burocracias partidarias, nuevas clases dominantes que poco tuvieron que ver con los anhelos de libertad, igualdad y justicia que los animaron en un primer momento. Por otro lado, no deja de ser menos desolador el panorama del campo socialdemócrata, que tras alcanzar el gobierno en buena parte de occidente, ante sus propias indefiniciones y contradicciones, resulta incapaz de resistir a la arremetida conservadora y monetarista de la década de los ochenta, y es finalmente neutralizada, o incorporada a la alianza dominante, tras el relato de un imposible "progresismo neoliberal". Es que la ya casi mítica dicotomía entre reforma y revolución, que animó tantos desvelos, debates y enfrentamientos, poco pudo ofrecer para resolver qué hacer para superar este orden histórico una vez que el poder era obtenido, ya fuese por la vía de las urnas o las armas. Si existe un punto de partida al que nos obliga el siglo que nos antecede, es asumir que la construcción de una nueva sociedad no puede postergarse para después de alcanzar el poder estatal; y que la construcción de la fuerza social y política que logre gestar un nuevo orden histórico solo podrá lograrse mediante la decidida ampliación de la libertad, democracia y soberanía de las organizaciones propias del campo popular.

Un cuadro similar, con sus particularidades propias, es el que observamos al enfocarnos en la escena nacional. En un contexto de exterminio y represión, los sobrevivientes de los proyectos históricos de la clase obrera y clase media chilena enfrentan diversos derroteros. Por una parte hubo quienes, desde parte del PC, el FPMR, el MIR, entre otros, optaron por el enfrentamiento directo con la dictadura. Sin embargo, el aniquilamiento de los cuadros más lúcidos de sus conducciones, además del enclaustramiento forzado por la clandestinidad, terminaron aislando a estos actores de las bases socia-

les sobre las que se anclaban originalmente; y promoviendo un fetichismo militarista que los volvió incapaces de percibir, salvo ciertas excepciones, los cambios sociales y políticos que se desarrollaron durante la década de los ochenta, reduciéndolos finalmente a la marginalidad y obsolescencia como proyectos políticos para el periodo post-dictatorial.

Paralelamente, en el campo socialista, principalmente desde el exilio en Italia y Francia, hubo quienes promovieron una revisión del sustento teórico de la tradición socialista en Chile, al calor del propio proceso que se vivía en esos países europeos y la misma derrota de la Unidad Popular en Chile. Es la llamada "renovación socialista", que empezó con un distanciamiento del marxismo, sobre la base del diagnóstico de que su radicalidad habría impedido una alianza con los sectores medios durante el gobierno de Allende, lo que habría gatillado su derrota; pero que luego se convirtió en el emblema de la puja interna de ciertos cuadros retornados, desanclados del proceso social, por encumbrarse en los reordenamientos internos de la nueva alianza de gobierno. Es en este proceso, en el que se abandona toda perspectiva de cambio social fuera de los márgenes del modelo de sociedad producido en dictadura. Se instala como único norte posible la restauración de una democracia política, escindida de todo proceso de democratización social, que fue justamente el camino que animó las luchas distributivas del siglo pasado. Se naturaliza interesadamente una perspectiva extraída del liberalismo político norteamericano, que reduce la ciudadanía a una experiencia individual, escindida de toda connotación social o de agrupación de intereses. Se adopta una mirada "técnica" a las políticas públicas, que rehúye del control democrático de la toma de decisiones, y oculta la promoción del interés único del grupo que en este nuevo escenario actúa como clase social, el gran empresariado. Finalmente, se acepta la imposición de un Estado supuestamente "neutro", al que se le niega su condición de espacio de resolución de los conflictos sociales, salvo los empresariales, y se le reemplaza por una gran caja aseguradora de la ganancia de grandes capitales, reacios a toda competencia o innovación. Esta nueva mirada, termina transformando radicalmente los partidos históricos de los sectores medios y obreros chilenos, convirtiéndolos en camarillas de control clientelar, sin proyecto propio, de unas bases sociales que pierden relevancia y dinamismo ante los cambios en la estructura social nacional. La posición y direcciones actuales de los Partidos Demócrata Cristiano, Socialista y Comunista serían irreconocibles para las figuras que aún adornan las murallas de sus sedes: Eduardo Frei Montalva, Radomiro Tomic, Salvador Allende, Clodomiro Almeyda, Raúl Ampuero, Luis Corvalán y hasta la misma Gladys Marín.

No se trata aquí de afirmar de que no existan diferencias al interior de los partidos de la Concertación, ni que algunos de estos temas no hayan sido debatidos al interior de dichas organizaciones; sino de notar que la aceptación de los términos de la política zanjados en la transición volvió estéril aquella tensión, como lo demostró la que animaron a fines de los 90's "autocomplacientes" y "autoflagelantes". Peor aún, hoy en día se construyen interesadamente otras dicotomías internas, carentes de todo debate de proyecto político y reducidas a las pugnas internas de poder y, que lamentablemente, siguen siendo capaces de convocar a los incipientes esfuerzos de constitución de nuevas fuerzas políticas a constreñir su rebeldía a los términos de dicha pelea. El gallito entre la "nueva guardia" de Peñailillo y la "vieja guardia" de Escalona, o la última elección del PS, representan de sobremanera este cuadro.

La construcción de un proyecto de izquierda para el Chile actual no es algo dado. Exige apropiarse de las condiciones históricas concretas del modelo de acumulación vigente, y pensar desde ahí cursos de constitución de fuerza social y política que pueda madurar y disputar un proyecto

"El momento histórico no aguanta más partos en una funeraria."

de país distinto. Nadie sobra en esta tarea. Sin embargo, es absolutamente ineludible trazar ciertos mínimos que permitan hacer políticamente viable un esfuerzo que no termine, más temprano que tarde, siendo funcional a la alianza dominante. En ese sentido, el reconocimiento y la organización de los intereses de las fuerzas subalternas, como legítimas portadoras de **un proyecto de país potencialmente más justo y más igualitario, y su contrapartida, la desnaturalización del Estado subsidiario como única forma de Estado posible, presuponen puntos de partida indispensables para la constitución de dicho actor.** Como ha demostrado la agenda "reformista" de este gobierno, a través de los recientes proyectos de ley de inclusión, carrera docente y reforma laboral, ambos principios están históricamente fuera de las posibilidades de la Concertación como proyecto político, que hoy se encuentra orgánicamente anclada a los intereses empresariales, aun cuando sume al Partido Comunista y se vista de Nueva Mayoría.

El problema que representan las limitantes políticas del pacto de la transición es imposible de resolver dentro de los mismos términos de dicha coalición política. **Un grave error sería pensar que se necesita seguir sumando esfuerzos al proyecto concertacionista (triste sería ver una "Nueva Nueva Mayoría"), pues es ahí mismo donde radican las constricciones históricas para la constitución de un proyecto político que mire más allá de las anteojeras de la transición.**

El próximo ciclo electoral representa una oportunidad ineludible para dar pasos relevantes en la constitución de esta fuerza. A pesar de que probablemente la tendencia dominante siga siendo la alta abstención, es posible producir un primer hito en la constitución de una alianza amplia y heterogénea que se proponga abrir un genuino curso de instauración de derechos sociales universales y recuperación de soberanía sobre nuestras vidas. Es relevante proponerse que esta alianza convoque a figuras y bases sociales desencantadas de la Concertación, pero es vital que dicha convocatoria sea a construir algo nuevo, con autonomía de las camarillas de la Concertación y sus vínculos empresariales. El momento histórico no aguanta más partos en una funeraria.

El Chile que nos toca vivir, y cuya materialidad y complejidad nos son ineludibles, representa un enorme desafío para la emergencia de un proyecto de izquierda, pero creemos, firmemente que es a la vez una extraordinaria oportunidad. La expansión del capitalismo sobre los servicios sociales, y la consiguiente situación de extrema mercantilización de la vida, anticipa la posibilidad de constitución de un sujeto social que luche por sus condiciones de reproducción de vida en una perspectiva distinta a la que animó la puja por derechos sociales en el siglo XX. Se trata de una confrontación que obliga a conjugar una dimensión profundamente humanista, en tanto búsqueda por establecer soberanía colectiva sobre las condiciones de reproducción social; a la vez que necesita para lograrlo hacer retroceder al mercado, es decir, democratizando esferas de la vida social. Ya la misma sociedad chilena ha dado muestras de su creatividad y fuerza para asumir este proceso. Falta la constitución de un actor permanente en la lucha política, que se ponga en función de la organización y proyección de fuerzas sociales vivas del Chile actual, y a la vez pueda ofrecer una conducción democrática y elaboración política para llevar adelante esta tarea. —**RT**

06. La revolución capitalista en Chile y la oligarquía del 1%

— *Nicolás Valenzuela.*
Arquitecto y Magíster en Desarrollo Urbano PUC. Secretario General FEUC 2009. Ex Secretario Comunal de Planificación de la Municipalidad de Providencia. Militante de Revolución Democrática.

En este artículo desarrollaré dos elementos: el primero es la distinción entre superar y disputar, y el segundo es la existencia orgánica de la izquierda social y la izquierda política. Al concentrarme en el segundo, aprovecharé de asociar la necesidad de la unidad político-social de la izquierda a la existencia de un gran adversario común que debe ser superado: la Oligarquía del 1%.

— ¿Disputar o superar?

Muchas veces hacer política desde la izquierda resulta abrumador debido a que nos declaramos enemigos de demasiadas cosas. Por ello, la distinción entre espacios a disputar y superar podría ayudarnos: para hacer una u otra cosa se requieren distintos tipos y cantidades de esfuerzo. Mi propuesta es que la visión crítica respecto a espacios que deben ser disputados debiese distinguir claramente que hay adversarios dentro de ese espacio (institución, grupo o movimiento social, gremio, sector productivo, etc.), pero que el adversario no es ese espacio en sí. Asumiendo que algunos casos podrán resultar polémicos, aclaro que por espacios a disputar –y no a superar–, me refiero a: gremios y organizaciones sociales, Policías, Ejército, Estado, Gobierno, Partidos políticos, Organizaciones Internacionales, actores por tipo de actividad productiva (primaria, secundaria, terciaria), tipos de empresa (tamaños, cantidad, concentración), medios de comunicación de masas, científicos, escuelas y colegios. Revisaré algunos casos específicos.

El caso de las policías y el ejército resultan clave. Tal como afirma José Bengoa[1], el Estado Chileno está acusado hoy en dos cortes internacionales por conflictos internos y externos: por Bolivia-Perú en La Haya y el Estado-Pueblo Mapuche en la Corte Interamericana de Derechos Humanos. La policía militarizada viola los Derechos Humanos de los Mapuche en defensa del Estado de Derecho para la gran propiedad forestal, y la justificación política de la Ley reservada del Cobre para el gasto bélico, aparte del temor a un foco golpista, es sencillamente bombardear a La Paz y Lima en minutos.

Evidentemente, desde la izquierda debemos hacernos cargo de una crítica seria a la policía y el ejército: a su organización, ideología y excesos, para poder superarlos, pero ¿significa eso superar la existencia misma de policías? Toda regulación necesita una forma de hacer efectiva la ley, aunque sea la existencia de algún tipo de aplica-

1. *Esta afirmación la escuché recientemente de José Bengoa en una charla sobre el conflicto Estado-Mapuche organizada por la Sociedad Chilena de la Universidad de Cambridge.*

ción práctica de justicia, ejecución de sentencias, aplicación de normas. Esto implica la existencia de alguna forma de policía, aunque esta deba actuar lo menos posible. Tomemos por ejemplo el caso de los impuestos como forma de redistribución: se necesita gastar en información, control y aplicación de normas que implican un tipo de uso legítimo del poder del Estado, incluso, eventualmente, teniendo que usar el monopolio de la fuerza para confrontar a evasores. Claramente, para superar el orden neoliberal necesitaremos de bastante regulación y aplicación de normas.

El caso del Ejército resulta igualmente importante. Si no comprendemos la naturaleza de la justificación política de su existencia, no entenderemos lo urgente del entendimiento chileno-peruano-boliviano. Si aspiramos a que los recursos gastados en defensa vayan a derechos sociales u otros focos de carácter emancipador, una condición necesaria es la resolución política de los conflictos inter-estatales en Sudamérica, y la creación de un ejército sudamericano que optimice recursos en la región. Esto, porque la necesaria disposición y capacidad de despliegue defensivo contra el imperialismo desde otras latitudes requiere de fuerzas armadas, pero estas podrían ser continentales: los ejércitos nacionales se justifican solo como defensas oligárquicas internas o disposición bélica hacia los vecinos. Retirar la influencia política de los ejércitos a nivel nacional en Sudamérica requiere un camino político y, para dicha transformación, estos no pueden ser un reducto oligárquico, conservador e imperialista. Adicionalmente, la necesidad de que los ejércitos no intervengan en los procesos democráticos donde la izquierda puede hacerse hegemónica, es incompatible con declararse su enemigo cuando no hay cómo enfrentárseles. La izquierda debe establecer posturas conceptuales y prácticas respecto del ejército en toda su complejidad, lo que no implica que, por omisión, no exista otra alternativa más que la izquierda sea enemiga del ejército. Por ello, las fuerzas armadas son un espacio de disputa –en su organización, composición y concepto– y no de superación, es decir, de término de su existencia.

«...la necesaria disposición y capacidad de despliegue defensivo contra el imperialismo desde otras latitudes requiere de fuerzas armadas, pero estas podrían ser continentales...»

El Mercado es otro caso ilustrativo. La izquierda debe comprender que la dualidad capital/trabajo o burguesía/trabajadores hoy no es aplicable de la misma manera que en el siglo XIX. Por ello, luchar contra que se mercantilicen todos los niveles de la convivencia social, particularmente los derechos sociales, es distinto a que la izquierda postule que no existan mercados. Lamentablemente, muchas veces se confunde este punto. En cambio, debiésemos tener posturas frente a la forma de dichos mercados, la organización de la producción y la composición del tejido socio-productivo. Por ejemplo, en materia gastronómica y cultural: independiente de que seamos proclives a las cooperativas y los espacios auto-gestionados sin fines de lucro: ¿queremos estatizar las librerías, los cafés, los restoranes y las discotecas? ¿No puede haber lucro ni empresariado en ese ámbito? **Mercado y capitalismo no son lo mismo: la izquierda debe definir políticamente dónde está el límite de los mercados, y en ellos de la concentración del capital. Sobre todo, debe entender a las Pequeñas y Medianas Empresas como categoría distinta a la oligarquía empresarial.** Requerimos posturas frente a la organización del sector servicios, con su externalización y precarización.

Así mismo, no se puede solo proponer "Estatizar el Cobre", sin cuestionar la primacía del extractivismo y el rentismo en nuestra actividad económica. Este caso inmediatamente nos lleva a la necesidad, ya no de rechazar el comercio internacional, sino a definir qué lugar queremos ocupar en las cadenas de valor globales: ¿queremos cerrar las fronteras o seguir comerciando con el mundo? Sería ciertamente inútil estatizar el cobre y cerrar las fronteras. El intercambio global es también un espacio por disputar. Para cerrar este punto, creo que existen sectores del mercado que debiesen ser parte de la base socio-productiva de la izquierda: me refiero a las PyMES, especialmente en sectores como el desarrollo tecnológico y las Industrias Creativas[2].

Ejemplos menos polémicos son las organizaciones internacionales. Por ejemplo, la CEPAL fue fundamental para la elaboración de la Teoría de la Dependencia y el diseño de políticas públicas de Industrialización por Sustitución de Importaciones. El PNUD, en la actualidad, es fuente de análisis útiles para la izquierda mediante los Informes de Desarrollo Humano y propuestas como el Estado de Ciudadanía (Pinto y Flisfisch, 2011).

2. *En diversas protestas sociales se ha expresado el concepto de "boletariado" para referirse a quienes trabajan contra una boleta de honorarios, con muy pocos derechos laborales. Esto se ha puesto de manifiesto, especialmente, en el ámbito del Estado, de las Ciencias, y de las Industrias Creativas, pero se extiende a diversos ámbitos de la actividad productiva.*

— Unión político-social contra la nueva oligarquía

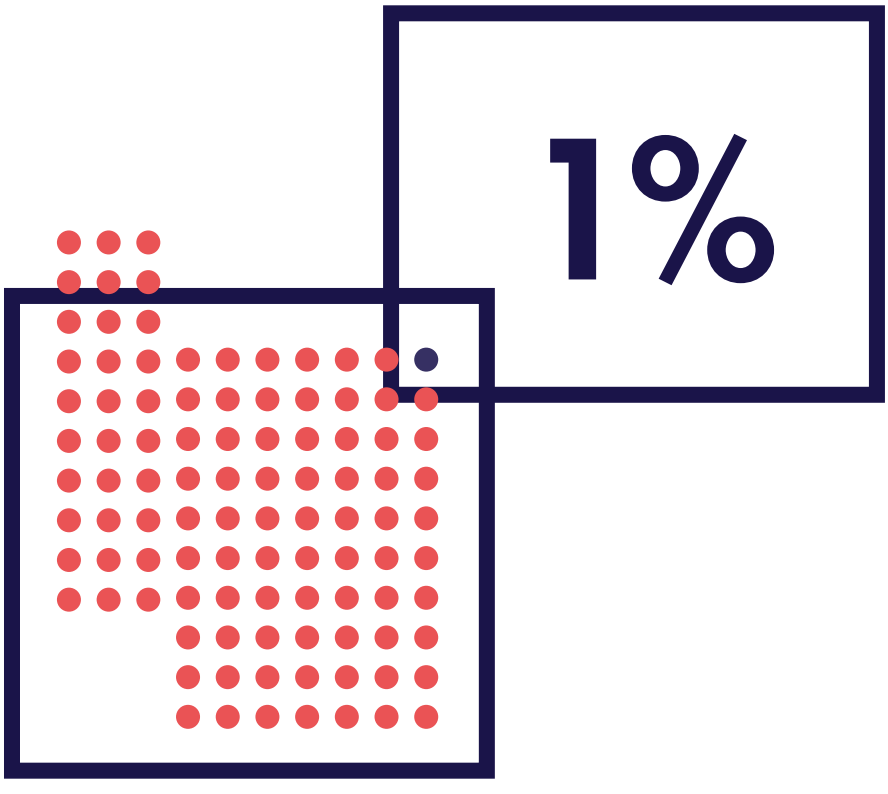
Ahora bien, hay otros espacios y actores cuya existencia sí debe ser superada. Existe cierto consenso en caracterizar la forma actual del capitalismo a través del neoliberalismo, por lo que no me detendré en describirlo (ver Williamson, 1990; Chang, 2002; Crouch, 2012; Gárate, 2012; Atria, 2013a y 2013b). Sin embargo, apoyándome en las ideas de Colin Crouch (Op. cit.) plantearé que, pensando en tomar posiciones para una acción política transformadora, un orden institucional como el neoliberal puede ser entendido a través de la caracterización de quienes lo impulsaron y defienden: su posición y su fuerza. Este enfoque permite comprender la dirección de los esfuerzos de organización y acción política.

En ese sentido, es útil asumir el proceso de implementación neoliberal en Chile como una "Revolución Capitalista" (Gárate, 2012), es decir, una acción política radical. Esta implicó que, a través de un Golpe de Estado, una dictadura, la represión y asesinato de dos generaciones de opositores de izquierda, una alianza político-empresarial de inclinación oligárquica, financiera, rentista y conservadora lograra superar el Estado de Compromiso, forjado gracias a los logros políticos del movimiento de los trabajadores durante los tres primeros cuartos del siglo XX. Desde el fin de la dictadura, este grupo logró una posición hegemónica, primero de defensa del régimen, y luego de co-gobierno del mismo, bajo las mismas reglas, durante los gobiernos de la Concertación, llegando a su cúspide con las reformas a la Constitución de 1980 el 2005, bajo el gobierno de Ricardo Lagos.

Crouch (Op. cit.), plantea que el enemigo principal de los neoliberales fueron y siguen siendo los sindicatos. Orlando Letelier ilustró, ya en 1976, claramente cómo la violencia económica de la Revolución Capitalista en Chile solo fue posible gracias a su violencia política (Soto y Lawner, 2010). Conceptualizaciones recientes plantean que alejar la política y la deliberación del Gobierno y el Estado ha sido fundamental para mantener el orden neoliberal en todo el mundo (Hay, 2007). Jaime Guzmán, sin embargo, fue mucho más claro al proponer una doctrina, que llamó gremialismo, donde explícitamente la relación de organizaciones sociales, particularmente sindicatos y federaciones estudiantiles, con partidos políticos, es aquello que debe evitarse a toda costa.

Cuando, en medio de la Revolución Francesa, se discutían las formas en que se podría organizar el sistema democrático, la conformación de posiciones, demandas e ideas no era entendida únicamente como la sumatoria de las voluntades de los individuos, sino a través de diversas formas de organización, convivencia y acción colectiva en lo que se denomina Sociedad Civil (Rosanvallon, 1999). Esta se expresaba políticamente en el Estado. Guzmán generó una posición teórica para la acción política de defensa de la Revolución Capitalista en Chile, reemplazando a la Sociedad Civil por los Cuerpos Intermedios, y al Estado por la Sociedad, es decir, ya no un espacio de disputa y representación formal.

«...la construcción simbólica y orgánica del 99% como movimiento autónomo de la inmensa mayoría requiere comprender los elementos en común de una gran multitud que sufre la dominación de la oligarquía del 1%.»



La "independencia de los Cuerpos Intermedios" es la base de la doctrina gremialista, que busca evitar la expresión política de la sociedad civil transformadora, con foco especial en la relación de partidos políticos con sindicatos y federaciones estudiantiles (Fundación Jaime Guzmán, 2013). Muy apropiadamente, el ideólogo del sustento político de la Revolución Capitalista buscó justificar cómo aislar a sus enemigos: quienes fueron derrotados, reprimidos, asesinados, y de los cuales hay que defenderse, es decir, la intersección entre organizaciones políticas y sociales de izquierda.

Si revisamos la tradición de la izquierda chilena y vemos sus logros políticos en términos de la organización institucional del país, entenderemos el miedo de Guzmán (tampoco me detendré en este punto, pero me refiero a la historia desde el nacimiento del Partido Obrero Socialista hasta la Unidad Popular, pasando por el Frente Popular y el Frente de Acción Popular). En cada uno de esos casos, la presencia político-electoral de la izquierda fue la expresión de una base socio-productiva y cultural, y, al mismo tiempo, los eventos electorales y sus campañas fueron oportunidades de organización, construcción de discursos, articulación, conocimiento mutuo y elaboración programática para el "mundo social". Los niveles de conflictividad de distintos momentos en los que esas izquierdas gobernaron, siempre en alianza con otros sectores, resaltan la necesidad de comprender la relación entre movilización, oposición y gobierno. Lo anterior incluye comprender, más allá del eslogan, el carácter "desmovilizador" de la Concertación, donde justamente se cortó esta tradición socio-política de la izquierda. El caso del "proceso de cambio" en Bolivia es un ejemplo que requiere nuestra atención y aprendizaje, especialmente respecto a cómo organizar transformaciones institucionales radicales, comprendiendo las inevitables tensiones, continuidades y discontinuidades entre el gobierno y los movimientos sociales.

Existe hoy, a veces, una dicotomía entre la opción "política", y la opción "social" de la izquierda. Tal vez sea la herencia de la excepción que, en la historia de la izquierda chilena, ha sido el "divorcio de lo social" de la izquierda concertacionista, haciendo suya la doctrina de Guzmán. Sin embargo, las reticencias hacia lo político-electoral de sectores de la "izquierda social" son la otra cara de la misma moneda, y son

«La oligarquía del 1% desplegó un aparato político reflejado en el orden institucional de la Constitución Pinochet-Lagos y en la acción política de la UDI y del propio empresariado: este se basa en evitar la unidad política y social de la izquierda.»

igualmente un obstáculo para el crecimiento de nuestro proyecto político común. Con estas dos miradas me refiero a quienes optan por el trabajo de base y reniegan del trabajo electoral en elecciones de concejales, alcaldes, parlamentarios y presidentes, pero también a quienes creen que existe una opción "institucional" separada de bases sociales de apoyo. Mientras el primer caso circunscribe la acción política a la escala micro y/o a la temporalidad acotada (cuando se organizan movilizaciones), sin aspirar a contar con experiencias de gobierno (aunque sea local), el segundo corre el peligro de reproducir la lógica elitista tecnocrática: adicionalmente, no solo niega lo social, sino que ve únicamente en el Estado central un espacio de acción política, ignorando el potencial político transformador de los Municipios[3].

A mi juicio, las posiciones políticas se debieran aclarar al entender quiénes tenemos potencial político transformador, y quiénes son los adversarios. Si entendemos el actual orden desde la perspectiva de quienes buscan disputarlo y superarlo, entonces la mirada de nuestros adversarios resulta fundamental para comprendernos a nosotros mismos. ¿A qué le temen? ¿qué evitan? La respuesta, a mi juicio, es una: la unidad social y política de la izquierda.

El adversario entonces puede ser caracterizado junto a los espacios que ocupa: ellos son lo que hay que superar, disputándole además los espacios para la construcción de fuerza. Los adversarios son los artífices y defensores de la Revolución Capitalista en Chile. Ocupando el trabajo de María Olivia Monckeberg (2015), podemos caracterizarlos orgánicamente como la oligarquía financiero-rentista que actualmente posee y dirige "las privatizadas empresas públicas del Estado, (...) o han obtenido suculentas ganancias después de traspasarlas a consorcios internacionales (...), los que desde las administradoras de fondos de pensiones (AFP) armaron y desarmaron grupos económicos amparados en los fondos previsionales de los trabajadores chilenos que ninguna injerencia tienen en sus destinos. Los que desde las Isapres administran los seguros de salud de quienes adscribieron al sistema privado y siguen consolidando el poder adquirido desde las universidades privadas y centros de estudio", a lo que se suma toda su expresión político-electoral, particularmente a través de la Unión Demócrata Independiente (Monckeberg, 2015).

Si sumamos esta definición a lo que ya planteé respecto a dejar atrás la conceptualización burguesía/trabajadores del s. XIX, resulta altamente pertinente el poder profundizar en conceptos como el que Thomas Piketty (2013) desarrolló respecto al 1% de la población que concentra la mayor parte de los ingresos. En su caso, caracteriza a este grupo en Europa y Estados Unidos como los dueños y rentistas del gran capital, y sus administradores directos. En base a esta mirada, la forma del 1% puede ser estudiada

3. *El caso de la Farmacia Popular en Recoleta, durante 2015, debiese ilustrar el potencial político de dichos espacios.*

y medida en términos socio económicos y financieros: nosotros debiésemos hacer lo mismo en términos políticos. De manera complementaria, la construcción simbólica y orgánica del 99% como movimiento autónomo de la inmensa mayoría requiere comprender los elementos en común de una gran multitud que sufre la dominación de la oligarquía del 1%.

Para derrotar a la oligarquía del 1% se debe partir por nombrarlos y difundir su presencia como enemigo común. El malestar y las polémicas por el sistema de pensiones, la salud, la colusión, su patronaje político a través del financiamiento ilegal de campañas y el cohecho, han hecho que en Chile la atención de muchas personas se vuelque hacia los adversarios de la izquierda. La oligarquía del 1% desplegó un aparato político reflejado en el orden institucional de la Constitución Pinochet-Lagos y en la acción política de la UDI y del propio empresariado: este se basa en evitar la unidad política y social de la izquierda. Fortalecernos implica, entonces, que la izquierda político-social trabaje en las ideas, programas y orgánicas comunes, y que al mismo tiempo busque tender todos los puentes con cada espacio de organización de la sociedad civil, promoviendo su crecimiento y politización. Se requiere socializar la política y politizar lo social, teniendo claro al adversario común. —**Rt**

Referencias

Atria, F. (2013a). *Veinte años después: Neoliberalismo con rostro humano*. Santiago de Chile: Catalonia. 272 p.

Atria. F. (2013b). *La constitución tramposa*. Santiago de Chile: LOM. 161 p.

Chang, H. J. (2002). Breaking the mould: an institutionalist political economy alternative to the neo-liberal theory of the market and the state. *Cambridge Journal of Economics*, 26(5), 539–559. http://doi.org/10.1093/cje/26.5.539

Crouch, C. (2012). *La extraña no muerte del neoliberalismo*, Buenos Aires: Capital Intelectual

Fundación Jaime Guzmán (2013). *El gremialismo y su postura universitaria en 36 preguntas y respuestas*. Santiago de Chile: Fundación Jaime Guzmán. 35 p.

Gárate. M. (2012). *La Revolución Capitalista de Chile* (1973-2003). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Alberto Hurtado. 589 p.

Gramsci, A (1999). *Sellections from the Prision Notebooks*. London: The Electric Book Company Ltd. 846 p.

Hay, C. (2007). *Why We Hate Politics*. Polity.

Lazzarato, M. & Henninger, Max (2007). From The Revolutions of Capitalism. In *SubStance*, Vol. 36, No. 1, Issue 112: Italian Post-Workerist Thought (2007), pp. 98-105

Monckeberg M. O. (2015). *El saqueo de los grupos económicos al Estado chileno*. Santiago: Penguin Random House.

Piketty, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*. Fondo de Cultura Economica.

Pinto, Á. y Flisfisch, A. (coord.) (2011). *El Estado de Ciudadanía. Transformaciones, logros y desafíos del Estado en América Latina en el siglo XXI*. Buenos Aires: PNUD

Rosanvallon, P. (1999). *La consagración del ciudadano: Historia del sufragio universal en Francia*. Mexico: Instituto Mora. 449 p.

Soto, H. y Lawner, M. (2010). *Orlando Letelier: el que lo advirtió. "Los Chicago Boys en Chile"*. Santiago de Chile: LOM. 94 p.

Williamson, J. 1990, What Washington Means by Policy Reform, en J. Williamson (ed.). *Latin American Adjustment: How Much Has Happened?*. Washington: Institute for International Economics.

Entrevista con Alejandra Castillo:

"La pregunta por los adversarios supone un orden identitario político que debiese ser cuestionado"

— *Entrevista realizada por* ***Rodrigo Ruiz****, Antropólogo, Director del Diario Digital El Desconcierto.*

— ***Alejandra Castillo.*** *Doctora en Filosofía, mención Filosofía Política Universidad de Chile. Académica de la Escuela Latinoamericana de Estudios de Postgrado y Directora del Diploma en Estudios feministas de la de la Universidad ARCIS.*

Quisiera empezar conversando desde tu mirada de la izquierda contemporánea sobre la cuestión de los adversarios, planteándonos una cierta interrogación por la pertinencia de pensar la izquierda desde sus contrarios.

La primera advertencia en relación a la figura política de lo adversarial o el adversario tiene que ver con la figura de la identidad. Cuando la política de izquierda se describe desde la identidad, de alguna manera, lo primero que hace es describir o buscar cuáles son sus adversarios, pero eso implica primero presuponer que hay un orden de la identidad que se conoce, que se reconoce y que de alguna manera busca ser cautelada en relación a sus adversarios. Entonces, cuando se busca a los adversarios de alguna manera se presupone ya una identidad de la izquierda.

La pregunta es si esa búsqueda de los adversarios no genera la ficción de una identidad, aun cuando pudiéramos decir que la política de izquierda hoy está, o bien en cuestionamiento, o bien en un momento de crisis en relación a su organización. Al instalar la pregunta por los adversarios se presupone previo, ya establecido, un "en común".

¿Deberíamos desplazar la cuestión desde el campo de la identidad a otro campo?

La pregunta es si es posible desplazar el orden de la identidad cuando lo que se está buscando son los adversarios. Yo creo que no; al instalar la pregunta de los adversarios se presupone un orden identitario de lo político, que debiese ser cuestionado hoy. Partir desde la identidad ya implicaría reconocernos, por ejemplo, desde lo heteronormativo, orden que no se explicita pero que es la ficción habilitante de lo "en común" de lo identitario. En este sentido, y pensando en discusiones recientes como las generadas en torno al acuerdo de vida en pareja, llama la atención que aun cuando es un acuerdo de unión de parejas no heterosexuales, el marco desde el que se busca narrar y regular este tipo de relaciones es esencialmente heterosexual. En otras palabras, contra cierta tentación populista que nos demanda construir pueblo a partir de una política adversarial, diría que en el momento actual lo determinante para una política de izquierda es interrogar ese orden de la identidad que compulsivamente la describe como un sujeto unitario. Esto, por supuesto, no implica negar los antagonismos, por el contrario, supone pluralizarlos, multiplicarlos, desjerarquizarlos de una trama o marco que busca regular o normalizar dichos antagonismos desde la lógica e intereses de un sujeto preconstituido.

¿Cuál sería entonces tu sugerencia para salir de esa mirada, de esta pregunta centrada en lo identitario?

Pensar en modos de articular a la izquierda donde se desplace el orden que desde la interioridad describe la exterioridad como enemigo, o sea desplazar ese orden de lo político como marco categorial más que escribir una política programática. Cuestionar esos ejes categoriales que describen la política de izquierda en Chile.

Si pensamos cuáles son esos ejes, uno es el que ya mencionaba; la política de izquierda narrada desde la heteronormatividad. Otro está vinculado a cierta lógica o temporalidad de la urgencia y la eficiencia que narra las prácticas políticas desde un orden y un tiempo únicos, genéricamente identificados con el principio de representación parlamentario y el orden estatal. Limitar las prácticas de transformación social a ese orden y a ese tiempo es no advertir los procesos de "enmarcamiento" que constituyen el trasfondo de las luchas políticas. Contra esta ceguera o limitación, que puede ser considerar un efecto de marco, pienso que la izquierda debe interrogar hoy sin descanso esos ejes categoriales, esos órdenes de representación.

¿Cómo describirías esa persistencia de lo heteronormativo en la izquierda?

Es una persistencia que no se da explícitamente en esos términos, sino en los modos en los que se articula la política de izquierda y también la política de mujeres al describirse en términos de urgencia y de eficiencia. Por ejemplo, la urgencia de ingresar a las mujeres en el espacio del derecho a voto, en los años 50's, articula un modo de entender la política de mujeres en términos liberales, desplazando todas las otras preguntas,

«...podríamos decir que si bien es urgente votar a favor de la legalización del aborto; también es urgente transformar los modos con que describimos a las mujeres y la política, y esos otros modos implican ampliar el espacio de la política a otras escenas tan relevantes como la escena parlamentaria. Esta lección es una vieja lección de izquierda que hemos olvidado.»

todas las otras formas de entender la participación de las mujeres en el espacio público. ¿Cuál es el problema de esa descripción? Es que ese marco urgente y eficiente a la vez, describe a las mujeres, una y otra vez, como mujeres-madres. Ese marco reproduce un determinado orden de los sexos, un orden de la familia y la ciudad que no solo es propio del siglo XX, sino que aún continúa reproduciéndose.

La pregunta es ¿cómo transformamos ese marco que describe a las mujeres como mujeres-madres en el espacio público? Por ejemplo, si una parlamentaria va con su hija o hijo al parlamento está señalando con esa acción que esa conducta tiene que ver con las mujeres. Una primera reacción nos lleva a aprobar el gesto, puesto que la crianza es parte de la vida de las mujeres. Ahora, esta primera reacción no nos permite advertir que hay también otros modos de describir ese orden de la política. Modos que interrogan la naturaleza simple de estos gestos, que buscan desestabilizar el orden de significación natural que la sociedad atribuye a cuerpos y lugares. En el caso comentado, esos otros modos de leer gestos y urgencias conllevan una discusión que se proponga cuestionar el lugar de las mujeres como "naturalmente cuidadoras". Esa es una discusión que desborda el marco liberal de las mujeres-madres y explicita el orden simbólico patriarcal en el espacio público. Transformar ese orden simbólico significa cambiar las retóricas y las políticas descritas por las mujeres, instalar la discusión sobre un cuidado paritario por ejemplo.

¿Cómo lees desde ese punto de vista las discusiones actuales en nuestro país, el aborto entre otras?

La discusión del aborto se enmarca, como sabemos, en tres causales que podríamos describir desde la "natalidad", la "eugenesia" y la "vulnerabilidad". ¿Es posible describir a las mujeres por fuera de ese orden estatal-demográfico?, ¿Son las mujeres siempre síntoma de algo más?, ¿de la demografía, de lo poblacional, o de la vulnerabilidad de ellas mismas? ¿Es posible desplazar la discusión del aborto a un campo donde no se describa de ese modo a las mujeres?, Cuando se opta por presentar la discusión del aborto bajo esas tres causales ya se ha optado por un marco que describe la sexualidad de las mujeres en términos heteronormativos cuya figuración será la vulnerabilidad. Ese es también el modo en que

las mujeres van a ser descritas en el espacio de la política.

La pregunta, entonces, es cómo transformamos esas descripciones. O bien asumiendo la urgencia, que es como se plantea la discusión parlamentaria. Y podríamos decir que si bien es urgente votar a favor de la legalización del aborto; también es urgente transformar los modos con que describimos a las mujeres y la política, y esos otros modos implican ampliar el espacio de la política a otras escenas tan relevantes como la escena parlamentaria. Esta lección es una vieja lección de izquierda que hemos olvidado. La topología de lo social es siempre diferenciada, es siempre una zona estriada por antagonismos y resistencias sin jerarquías aparentes, sin un centro o una zona de identidad estable y unificadora. Por definición no hay un lugar privilegiado donde se produzca la verdadera política. La política como configuración de sentidos se ejerce en múltiples lugares y aparatos, en prácticas y agenciamientos que están lejos de reducirse a la acción político parlamentaria. En este sentido, interrogar los modos en que describimos a las mujeres y la política supone prestar atención a todas esas prácticas que se organizan como resistencia o fuga de las representaciones dominantes, como interrogación o cuestionamiento radical de los sentidos heredados.

Hemos estado hablando de la política de izquierda, pero ¿de qué hablamos cuando hablamos de política de izquierda?

Para mí la izquierda es el lugar de la alteración de los sentidos comunes hegemónico-dominantes. Y la alteración de esos sentidos comunes hegemónico-dominantes tiene que ver con un amplio campo de debates, de áreas, que no necesariamente calzan con un lugar específico, entendido este como un lugar parlamentario, como una política parlamentaria o como parlamentarismo.

Y tampoco calza, quizás, con un mapa organizacional predefinido.

A propósito de mapas y territorios, habría que preguntarse de qué manera, en aquellos lugares, se sigue reproduciendo cierto orden dominante que nos describe a pesar de nosotros mismos. Para mi esa es una de las tareas de la política de izquierda, ser capaces de cuestionar determinados órdenes de representación y proponer otros modos de pensar la política por fuera de esos órdenes dominantes.

La izquierda contemporánea tendría entonces que ponerse en crisis a ella misma, o poner en crisis lo que ha entendido por ser izquierda.

Por eso mismo al comienzo la pregunta fue ¿por qué pensar la izquierda buscando a sus adversarios?, ¿por qué asumir un orden de la identidad? Asumir ese orden de la identidad implica establecer un orden de la unidad, un orden de reconocimiento de quienes somos –y quienes no somos– sin poner en cuestión aquellos discursos dominantes que nos constituyen y narran a pesar de nosotros mismos. En este sentido, podría decirse que tanto la discusión en torno al aborto, como la generada sobre el acuerdo de vida en pareja, se organizan bajo presupuestos y sobreentendidos propios a un orden heteronormativo. Aun cuando son iniciativas que obedecen a políticas progresistas, su marco es conservador.

Tu crítica al orden heteronormativo aparece no solo en relación con las definiciones de la izquierda respecto de las mujeres. Sería una mirada que tiene que ver con el conjunto de las prácticas de la izquierda y no solo con aquellas referidas a lo que se estabiliza en cada momento bajo la denominación "mujer". ¿Sería una mirada más en general, referida a la consistencia y la construcción histórica de la izquierda?

Claro, allí la pregunta es si debemos entender las políticas de mujeres como "políticas de la identidad". Cuando decimos políticas de mujeres y entendemos políticas de mujeres como maternidad, reproducción, apego, que es hoy el contexto para la discusión de políticas de mujeres, y asumimos también que hay una bancada de mujeres en el parlamento transversal, entonces la pregunta es ¿por qué es transversal? Puesto que hay un conjunto de temas que pueden ser trans-

versales a las mujeres de forma independiente de su clase, ¿cuáles son esos temas que las describen en términos de un orden natural?, ¿cuál es ese orden natural de las mujeres? La respuesta es la "reproducción". Solo en ese lugar independiente de su posición de clase, independiente de su formación, independiente de sus ideas, las mujeres pueden tener un lugar "en común". Ahora bien, es justamente ese lugar "en común" el que debe ser cuestionado para pensar en una política de mujeres no identitaria. Esa política no identitaria es ya una política feminista. De ahí que contra lo que podría pensarse, el feminismo no es una política de mujeres. El feminismo es una política de la alteración de los modos a partir de los cuales se describe la dominación de las mujeres en un momento histórico determinado.

A partir de ello, ¿cuál es tu mirada de la relación de la izquierda chilena contemporánea y el feminismo?

Me parece que la izquierda tradicional, la izquierda que tiene los espacios políticos de representación, reproduce una perspectiva liberal y conservadora al momento de narrar las luchas de las mujeres en el espacio de la política. Si se logran ciertos avances, de alguna manera son avances dentro del orden conservador que describe a las mujeres desde la reproducción y la maternidad. Eso no quiere decir que todas las políticas de mujeres feministas hoy en Chile tengan ese signo. Así como hay políticas feministas afirmativas, hay también políticas feministas de la interrupción. El problema es que esas otras políticas feministas de la interrupción de los sentidos dominantes no siempre cuentan con la visibilidad suficiente. Para dar visibilidad a esas otras políticas son necesarios aparatos, dispositivos, todo un aparataje, una artefactualidad que permita inscribir y visibilizar esas otras prácticas de significación. (...) Abrir espacios a esos otros discursos supone también, por ello, multiplicar esos aparatos y dispositivos, advertir el carácter artefactual o técnico de toda realidad. Y sin embargo, aun cuando somos conscientes del carácter artefactual de toda actualidad, aun cuando advertimos la dimensión performativa asociada a la representación, en el momento en que las discusiones y prácticas feministas se emplazan en el espacio de la política tradicional, estas tienden a ser redescritas desde el marco de lo "en común", de la "identidad" y de la heteronormatividad. Es decir, se les sobreimprimen unos aparatos, unas temporalidades, unas urgencias, unos discursos que no son otros que aquellos que reproducen la actualidad del orden dominante. En este sentido, sería necesario multiplicar el desconcierto, multiplicar los desconciertos para así no solo dar visibilidad a otras prácticas y discursos, sino para disputar la urgencia de una actualidad que es siempre artefactualidad.

Sería necesario cuestionar, entonces, la política de la urgencia, cuestionar esa urgencia que siempre desemboca en lo parlamentario para retomar una densidad y una amplitud que permitan repensar la izquierda hacia delante.

Es necesario cuestionar primero el orden de la identidad, puesto que al cuestionar este orden se tensiona, también, la marca de la diferencia sexual entendida como hetero-norma. Ese orden heteronormativo es también el orden de la unidad, de lo uno, que calza por lo general con un orden masculino, patriarcal. Al constituirse como un orden jerárquico, como un orden que da lugar a jerarquías y valoraciones, ese orden binario se presenta no obstante como un orden de lo uno, de la razón, de la transparencia, de un cierto orden del tiempo. Ante este encadenamiento de significaciones, ante este orden simbólico, cabe entonces preguntar por las posibilidades de una política de izquierda hoy, de una política necesariamente suspensiva de los marcos que organizan nuestro orden de representación. Otra pregunta que se debe hacer la izquierda es cómo hacer para que la multiplicidad de formas en que se están entendiendo las prácticas políticas hoy, pueda tener representación en el espacio de la política parlamentaria, de modo que no solo se represente los sentidos y significados dominantes. Esa es una pregunta y un desafío que habría que hacer también en vista de la posible transformación de la Constitución.

«Habitualmente pensamos la política desde un mismo lugar (los partidos políticos, el parlamento), pero dejamos sin cuestionamiento la producción de conocimiento, esto es, el lugar desde donde se reproduce el orden dominante.»

Entonces no es un cuestionamiento a la representación como tal. Porque alguien podría leer esto y decir bueno, es la representación.

Hay una serie de mecanismos sobre cómo mejoramos la representación. Ahí aparecen las políticas de acción afirmativa, como la ley de cuotas o la paridad, políticas que auxilian a ciertos grupos marginados del orden de la representación. Sin embargo, dentro de un contexto político como el nuestro, caracterizado por el predominio de una democracia elitista, las mujeres que terminan siendo representadas bajo las políticas de acción afirmativas son las que ya tienen representación en el espacio de lo público. Tomemos, por ejemplo, las políticas de Michelle Bachelet vinculadas a la paridad. Son políticas que dan visibilidad a mujeres ya visibles y que al hacerlo terminan paradójicamente reforzando el orden democrático elitista que buscan desestabilizar. Entonces, la pregunta que también se debe hacer la izquierda es cómo transformamos el orden de una democracia que cuando mejora la representación, termina representando y dando más visibilidad a sujetos de la clase dominante, sean hombres o mujeres. En otras palabras, el problema no es solo la representación. También la desigualdad es un problema, desigualdad que está en la base de nuestro orden democrático.

Entonces el orden democrático debería ser interrogado por esta izquierda también en términos de cuáles son los sujetos posibles de ser representados.

Estamos en un momento en que la izquierda debe preguntarse qué democracia queremos. Lo que fue importante en los años 80's y 90's con toda la discusión que se dio en torno a la renovación socialista, de pensar procedimientos, pensar estabilidad, pensar la democracia como un modo que desplazara cierto orden autoritario, ya no es más interesante para la izquierda hoy. Aferrarse al procedimiento y a las formas consensuales de la democracia elitista, tal como las pensaba la renovación socialista en los años 80's, no es la manera en que hoy debemos pensar la política. En ese sentido, sí creo que es necesario, a pesar de la renovación socialista, pensar en términos sustantivos la democracia que queremos, volver a repensar si ese modelo de democracia es todavía el que necesitamos para pensar la izquierda. Creo que es ahí donde debiésemos poner hoy la discusión en torno a la política y a lo que entendemos por democracia.

¿Cuáles pudieran ser los aportes del pensamiento feminista a la construcción de un nuevo pensamiento de la democracia?

Primero, el aporte del feminismo es hacer de la política el lugar de un cuestionamiento a ese orden de identidad, no solo hacer del feminismo "una política de mujeres". Implica, sin duda, corregir la desigualdad, por ejemplo, la que existe a nivel laboral entre hombres y mujeres (igual trabajo, igual sueldo), implica, también, erradicar la violencia de la vida de las mujeres. Para realizar esto es necesario pensar simultáneamente en

dos formas de políticas: una tendiente a transformar las condiciones materiales de la vida de las mujeres; y la otra tendiente a cuestionar y transformar la "materialidad" de los discursos que describen a las "mujeres" enmarcadas desde las retóricas de la familia sentimental, el amor romántico y la maternidad. Esta otra política implica pensar en la producción y la reproducción de los discursos, "su materialidad" que una y otra vez visibiliza a las mujeres "reificándolas" en torno a lo doméstico, lo privado y el amor. Habitualmente pensamos la política desde un mismo lugar (los partidos políticos, el parlamento), pero dejamos sin cuestionamiento la producción de conocimiento, esto es, el lugar desde donde se reproduce el orden dominante. Ahí también debemos influir políticamente, en la transformación de ese orden, introduciendo por ejemplo este tipo de preguntas en el espacio de la universidad, no como simple activismo, sino como alteración del orden epistemológico que las disciplinas inadvertidamente reproducen y que luego serán parte de lo "en común".

Mencionaste hace un rato, al pasar, el tema constituyente.

Creo que para que todas estas perspectivas y esta multiplicidad se visibilicen es esencial la Asamblea Constituyente; de modo que distintos actores, distintos sectores, distintos movimientos, visibilicen este orden de la multiplicidad que se opone al orden de la unidad y la identidad que se define dentro de los partidos políticos tradicionales. Eso no quiere decir que el proceso instituyente sea apropiado exclusivamente por una multiplicidad que no da lugar a lo instituido. A lo que apunto, por el contrario, es a la apertura de un espacio de multiplicidades como condición necesaria del proceso constitucional. De algún modo, es necesario que la nueva constitución sea expresión de este orden de la multiplicidad. En síntesis, pienso que es necesaria una asamblea constituyente que convoque ampliamente a distintos sectores, aun cuando aquellos sectores parecieran ser no eficientes al orden de la política.

La necesidad de la Asamblea Constituyente como espacio de lo múltiple nos devuelve al inicio de la conversación, al cuestionamiento a la política de la identidad.

Responder a esa pregunta implica también pensar creativamente lo que es ser de izquierda hoy, y pensar la política también en términos de cuestionar lo que tradicionalmente entendemos por política. Pienso aquí en la necesidad de poner en cuestión los viejos conceptos y categorías con que en la modernidad se han descrito la política y la representación.

En Ecuador, por ejemplo, a partir de la nueva constitución, la representación se ha vinculado más a grupos que a sujetos. Incluso más, se ha dado lugar a formas de representación y derechos que podríamos denominar posthumanistas, al incluir a la tierra como sujeto de derechos. Hay ahí, en esos debates e iniciativas, un desplazamiento de la ciudadanía del orden de la identidad. En nuestros debates necesitamos abrir ese otro tiempo de discusión. Un tiempo que nos permita volver a interrogar desde un cierto extrañamiento a la política, a la democracia, a la forma sujeto. Esta apertura democrática, este darnos un tiempo que no tenemos para volver a interrogar las cosas comunes, no puede y no debe agotarse en la lógica del reconocimiento que la política adversarial supone. Debemos, por el contrario, poner en cuestión los modos en los cuales nos representamos y pensamos la izquierda, incluidos aquellos conceptos que nos resultan más útiles y eficientes como el de la ciudadanía, como el del sujeto soberano.

Reinventar la democracia es darse el tiempo en un momento de crisis para repensar los modos sobre los cuales describimos y narramos los espacios y sujetos de la política, como lo ha hecho Ecuador, como lo ha hecho Bolivia. —**Rt**

Conversación con el poeta José Ángel Cuevas:

"Es una cuestión ética de ver, de vivir así con dolor"

— José Ángel Cuevas.
Poeta. Es además profesor de filosofía. Finalista del Premio Altazor 2013 con Maquinaria Chile: Y otras escenas de poesía política.

Por ***Matías Galleguillos.***

"QUIERO DECIR ALGO TAJANTE: No quiero luchar por ningún tipo de socialismo ni comunismo, nada. Lo que propongo es algo mucho más preciso y simple. Restablecer un país". Escribe el poeta José Ángel Cuevas en su *Manifiesto para este presente* y nos entrega la síntesis de lo que poéticamente le obsesiona y por lo cual está comprometido. Su mecanismo es el de la interpelación, el emplazamiento. Poesía a martillazos tal y como un Nietzsche criollo que espolonea al lector para desaturdirlo.

Con más de una veintena de libros publicados, el poeta formado en el pedagógico recoge la voz de los clientes, los endeudados, los borrachos, el lumpen, los ex-revolucionarios, los alienados, en fin; los vencidos de Chile. Múltiples son los personajes que en José Ángel Cuevas describen y exponen al sujeto de la postdictadura y que, a la vez, son sentados en el banquillo de su propia revisión. Un gesto ético de *mirar* directamente, pero también uno político: *involucrarse* en el dolor del otro.

Tuviste una formación en filosofía, de profesor, y además en tiempos muy políticos ¿por qué escribir poesía?

La poesía me interesó, y la literatura en general, como una representación de un modo como yo estaba viendo lo que existía. Por ejemplo, en todo mi vagabundaje de niño conocí las calles antiguas, San Pablo, los conventillos, conocí el río Mapocho y por ahí, entonces, en todas esas cosas de las realidades, digamos de la ciudad, me impresionaba, me impresionaba lo que pasaba. Lo que pasa es tan *re poético*.

Lentamente me fui conectando, leyendo, leyendo, pero no leía poesía al principio sino que leía, suponte tú, los grandes escritores de lo que pasaba en Rancagua, de lo que pasaba en el Norte, de lo que pasaba en las ciudades, en los conventillos. Nicomedes Guzmán, Óscar Castro, Manuel Rojas, Andrés Sabella, todos. Ellos iban hablando y contando miles de acontecimientos, de aventuras, de crímenes, de asaltos o de vidas de las salitreras, entonces ahí se me va llenando el cuadro... Ese conocimiento que te digo da una dimensión interior sobre el país, y también de Sudamérica... vitalmente, nosotros en el pedagógico, vagamos, recorrimos a dedo una parte importante de Latinoamérica y de Chile entero. Parece que conocer, meterse en los trasfondos del país, de los lugares, de las ciudades, de los cerros de Valparaíso, de las salitreras, del sur, de allá... es como un acto poético también.

¿Sientes que compartes este acto poético con otros poetas contemporáneos, de los 80's o 70's, que poetizaron frente al horror de la dictadura?

Mira, nunca he pensado si pertenezco a los 70 o a los 80. Ahí coexisten muchos tipos (...). En el caso mío, [la voz] era más bien la de un sujeto *rockero, rockanrollero*... lo que yo sí fui metiendo, digamos, fue la vivencia política a mi modo, la fui incorporando lentamente como un suje-

SOBRE CÓMO SE FORMA UN ALMA LUMPEN

Deberá tener una vida de mierda/ mucho juego de armas/ golpes/ malos tratos/ azotes/ palizas/ puñetes/ patadas en el rostro/ vivir inhumanidad/ martirio día a día si es posible regímenes injustos e ilegítimos sobre el territorio corporal/ eso sirve para sentir vértigo/ maldad fácil.
El alma lumpen se forma con vitrinas llenas/ y papelillos/ celulares/ juegos tecnológicos y sicopáticos/ hambre/ hambre de tener y ser bacán.
Falta de compasión.
Haber vivido harta vida nacional.

to, tratando de ser lo menos *politiquero* posible, pero sí lo más profundo. Mostrar de hecho con el texto lo que se estaba viviendo.

En el fondo, me voy moviendo al hilo de lo que va aconteciendo dentro de mí. De lo que va pasando dentro de mí. Entonces veo que la dictadura cae, digamos así, por el plebiscito y empieza otra etapa política. Pero el sistema se ha consolidado. Lo que yo veo es una sociedad en manos del capitalismo, donde vemos cada vez más el trabajo que estos desgraciados hicieron, que es tan profundo que incluso destruye la idea de pueblo, destruye todas las costumbres solidarias de las poblaciones, de todos. Entonces una gran drogadicción, una gran delincuencia... y un gran deseo de tener, de tener auto, de tener tele... De todas maneras como que el sistema la *lleva*, ganó digamos así. Yo voy escribiendo al hilo de lo que voy viviendo.

Precisamente tu poesía interioriza también el quiebre institucional que vive el país. Uno podría incluso ver un quiebre en la estética nacional, un tránsito, entre estas voces realistas que narraban un país y, por ejemplo, el personaje del *ex-poeta* presente en tu poesía.

Ese [el ex-poeta] es un quiebre que uno hace, un quiebre en el sentido (...). Como para inventar una voz que hable de lo que creyó, de lo que fue, de una cosa así... Es un mecanismo poético teórico para abrir un personaje. Inventado por supuesto, *ex poeta*. Como el boxeador que cuelga los guantes y empieza a contar: "no, si yo tenía un izquierdazo fuerte... tenía una pelea..." pero ya no es boxeador sino que ahora solo puede contar. Eso lo trabajé durante un tiempo. Pero fíjate que paralelamente a eso estaban pasando muchas cosas con las que yo no estaba conectado. Por ejemplo la escena de avanzada; la cuestión de Zurita, la Diamela Eltit, todo eso, de una escritura posmoderna donde estaba esta *galla* Nelly Richard. Eso me caía como las *huevas* a mí, realmente me caía mal. Pero después entendí que ellos también despreciaban a los poetas realistas, despreciaban a los poetas anti, a los que escribían poesía política. Pero yo también me daba cuenta que la poesía política era muy elemental, era moralmente válida, pero muy elementalmente escrita (...). Pero esta gente escribía con unos enredos, unas *huevás*, toda una zafacoca de cuestiones... no sé, según ellos era para engañar al sistema... Pero también era una tesis que venía del postestructuralismo... hacían unos actos donde iban a repartir algo a las poblaciones, pero hablando puras cuestiones nada que ver, así como, "les traemos del cielo estos panes" unas cosas así. Bueno, a mí me cayeron mal todo ese grupito digamos, menos Zurita (...). Con Zurita me fui de espaldas realmente, porque me dio felicidad fíjate. Yo estaba tan metido en Chile Chile Chile, que lo vi como una cuestión destruida, muerta, se acabó. Entonces este gallo, a través de los primeros poemas, me dio a revivir otro aspecto: las playas, el territorio... entonces me alegró, yo quedé agradecido.

¿Y esa poesía no era acaso política también?

Mira, en el sentido más amplio de polis. Sí es política. Es del país, el sujeto de Zurita es un sujeto como cristiano muy grande. Un sujeto muy profundo. Mientras que el sujeto mío es más *chucheta, borrachín*, bueno pal *hueveo*, el sujeto de la *pobla* de los años míos digamos, de *huevear*, el rock.... Pero ellos no conocen eso, todos esos grupitos eran más gente de salón, mientras nosotros éramos un grupo más de pelea, de población, de *hueveo*, de borrachera, de todo eso... ellos tenían, vivían –no tan vividores– más *cuicos*.

Y tú en paralelo estabas trabajando, por ejemplo, un poema como "Introducción a Santiago".

Uno de los primeros poemas era justamente "Introducción a Santiago", que era un poco el apropiarse de lo que está en uno, dentro de su identidad. Ahora, si yo pudiera decir cuál sería un aporte, es el de una consciencia que se va formando. Una consciencia media entre cómica *chucheta*, entre una consciencia seria, o pesimista, o que no cree nada. Por ejemplo Parra es puro juego. En Parra no hay un dolor ni una moral de decir algo, sino que hay el simple hueveo verbal. Pero en este caso no: es una cuestión ética de ver, de vivir así con dolor. Del hueveo tragicómico que es la vida.

Hay un compromiso.

Claro, hay un dolor. O sea, para mí no es indiferente que destruyan las poblaciones, y tiren unos edificios de sesenta pisos con dos ascensores ni que esté todo lleno de autos, ni que el pueblo ya no exista. No me es indiferente. Me provoca dolor, no felicidad. Mi poesía entonces es una poesía que parte de la ética, de una ética del amor y del cariño al prójimo, al pueblo, a todo eso. Y viendo la destrucción del ser humano. El pueblo de otrora y lo que podía pasar fue borrado. Y yo pertenezco a ese mundo digamos que vivió ese botadero revolucionario. Es lo que vivimos aquí en el país. Y yo creo que nunca más va a volver a pasar eso realmente. Como que la revolución fue algo tan increíble... Nunca puede uno imaginar que los pobres puedan levantar cabeza y van a armar... además también su música, el folclor... Es una mezcolanza que hay en el alma de una persona... De toda esa mezcolanza nace mi forma de pensar, nace mi poesía.

¿Y de esperanza?

Mira, yo sé que hay sectores muy nobles. Muy decentes, muy correctos. Gente que pueden ser gallos jóvenes o tipos de la generación mía. Y sería extraordinario juntar a esta gente, que esa gente no permaneciera de brazos cruzados sino que también tuviera una voz ética, política, poética. Porque esa gente está. Están también los otros que quieren tener auto, los ambiciosos, personas que fueron pobres y que están drogadictos, los ladrones, los otros ricos... pero también está este sector que sé puede hacer algo.

Hay grupos de gente noble. Se me ocurre un quehacer: que esta gente, que tenga esa ética, que tenga ese amor, luche en sectores levantando poblaciones, haciendo cosas, escribiendo. Me encantaría un canal de televisión supongamos tú, quitar los canales e ir trabajando por un ejemplo, por un modelo. Para que también exista esa parte decente... poética, digamos. Eso me gustaría. —**Rt**

LOS ENDEUDADOS

Ahí se ven los pies de los pobres endeudados
cubren la calle
parados con sus papeles
y sigue atrás la Cordillera, pasan nubes
y los endeudados están siempre allí.

Sus deudas crecen como árboles
que nadie riega. Sobre las escalas del Metro S.A.
ojos mustios / caras amargadas.

Los endeudados sueñan con grandes sumas
Que llegan a la mesa de dinero
los avisos por teléfono cada mañana cada noche *que vayan a pagar que vayan a pagar los hijos de puta.*

Los endeudados se encierran en sí mismos y fuman.
No son prisioneros sino de una Of. de Cobranzas
y si llegaran a morir por muerte no natural pierden el derecho
a desgravamen. Ahora si escapan a otro país
la deuda pasará a sus propios hijos.

El endeudado vive la vida pensando *Cómo poder*
cubrir la próxima cuota
y vuelve a pedir otro préstamo.
Y vuelve a endeudarse el endeudado.

NUEVO CONTINGENTE

El público no es el mismo
ponen los pies en las murallas
escriben en las sábanas/ sus groserías
eructan/ se pean/ se chupan los dedos
hablan un slang bajo
si pueden / el toman el poto a una mujer que pasa
si pueden robar algo/ se lo roban
son hipócritas/ hacen teatro
para que les den monedas
hijos de puta/ no tienen sentimientos/ beben
conversan de idioteces/ con su basura de radios negras
vomitan en la micro

Ellos son el futuro/
ellos son duros/ sí/ son duros
están copando la ciudad
a los armados les será difícil

si es que piensan algún día
volver a tomarse la república.

Crítica Cultural

Nieve artificial: Economía ideológica de la navidad Chilena

— Rodrigo Del Río.
Licenciado en Letras y Magíster en Ciencias de la Ingeniería PUC; Estudiante Doctorado en Literatura Española y Latinoamericana, Harvard University.

Nada más inquietante que la navidad en Santiago de Chile. Meses antes se preparan las multitiendas para educar el deseo caótico de los niños. Estampan las calles con anuncios que mezclan el goce plástico de los pinos falsos con la circulación de los juguetes más apetecidos. El paisaje urbano replica el régimen visual de la televisión, interrumpiendo la mirada panorámica con anuncios comerciales. El mercado, entonces, se vuelve alegre; las vías públicas reflejan impacientes la ansiedad de la futura consumación de la compra. Las imágenes de los juguetes se amplifican, engordan, y toman su propia forma para volar por los cielos en un evento que nombramos con el sello de su propia extranjería: *Paris parade*. El espíritu dionisiaco, las inversiones carnavalescas, y la pulsión de muerte son reprimidas certeramente por la ubicuidad de la marca. Por fin, la seguridad del *mall* substituye la incertidumbre política de la libertad ciudadana por el contexto privatizado de la familia (en su versión tradicional y disciplinaria).

Pero, por sobre todo, bajo el signo de estas celebraciones, emerge la enorme disonancia material del clima. La navidad ocurre en un desfase hemisférico. Mientras en el norte el cielo ofrenda a la calle montículos de hielo, en el sur el sol hierve el asfalto. Se produce así el ejercicio alucinatorio sobre el ambiente. Los *retails* envuelven el piso con malos sucedáneos de la nieve. Las casas se decoran con escarchas de polietileno. Centenas de trabajadores se disfrazan de asfixiados viejos pascueros para levantar el espíritu de la temporada. En "Calurosa navidad" un grupo de títeres en el programa 31 minutos imita la condición de los trabajadores navideños. El coro, de rasgos incluso subversivos, invita a ir a la piscina, comer sandía y mojar a la vecina, "porque hoy es navidad". Desnudarse para abandonar el disfraz que cubre una práctica ideológica incómoda. Sin embargo, mientras de sus bocas cae sudor, piden disculpas por andar "en calzoncillos sin pudor". En esta disculpa está contenida la fuerza del mandato. Al igual que un cuerpo en una portada alterado digitalmente, la navidad funciona *porque* es irrealizable. Aquí la navidad converge con el sustrato utópico subyacente al capitalismo. Reclama una respuesta corporal a una demanda siempre imaginaria. En este sentido, su práctica es puramente ideológica; se prolonga indefinidamente a la imitación de un mundo que materialmente no le pertenece. La incoherencia estética se radicaliza en la música. Las tiendas sonorizan cíclicamente versiones secularizadas de los villancicos cristianos. "El tamborilero" habla de que "el camino que lleva a Belén baja hasta el valle que la nieve cubrió"; o "Blanca navidad", donde se confiesa la naturaleza ideológica de la fantasía al cantar "sueño que todo es blanco alrededor".

Esta misma estrategia se adopta por las agencias de *marketing*. Un réclame de Falabella muestra a dos niños en la mitad de una escena campestre. A pleno sol, ambos tiran una cuerda que llega hasta el cielo. Están tirando la estrella de Belén. Mientras la arrastran Juanes y Valeria Mazza, casi como el desplazamiento de María y José, los acompañan hasta un escenario nevado en el que depositan la estrella sobre un enorme árbol navideño. En el fondo, suena el jingle "en todas las tiendas de Falabella, Pascua feliz para todos". Se evidencia la lógica de la importación directa. No hay adaptación, lectura o encuentro. El valor de la fiesta se resuelve en su carácter de reconocida irrealidad.

La película *Rise of the guardians* se sostiene sobre la explicación de la eficacia de estos recursos. Imagina a Santa Claus, el Conejo de Pascua, el Hada de los dientes, y el Hombre de

arena en un mismo plano de realidad. La tesis de la película es que existen porque los niños creen en ellos. Así los niños reconocen en sí mismos el origen de las fantasías. Saben que la eficacia de Santa Claus trae juguetes; la del Conejo de Pascua, chocolates; la del Hada de los dientes, dinero. Se pierde el sentido interno de la ideología, que permanece como una pura cobertura superficial instrumentalizada por el deseo de los niños para acceder a las mercancías. Ante la revelación de los padres de la falsedad del viejo pascuero, el niño pregunta: "Pero ¿seguiré teniendo regalos?".

Sin embargo, todo lo que sucede en la virtualidad de la fantasía navideña debiese concernirnos con urgencia. No se trata de abandonar las fiestas y celebraciones, como quien se abstiene de ver Star Wars, porque prefiere a Ingmar Bergman; como si, en su esencia, fueran contradictorios. Lo cierto es que en las contradicciones de esta fiesta surge un espacio para otra sensibilidad. No me refiero a la invención hibridizante de villancicos latinizados, como "El burrito sabanero", sino a la completa reinterpretación estética de nuestras fiestas desde la izquierda. Casi paradojal parece la presencia de Santa Claus como un viejo de barba blanca vestido de rojo. Nada más parecido a Marx en esta figura creada en los 30's por Haddon Sundblom, el ilustrador de la Coca Cola Company. Tampoco nada más diferente, si se piensa en la jerarquía que el personaje ostenta sobre sus proletarizados elfos. Porque hay que recordar que en otras sociedades no es un solo viejo pascuero; quienes vienen con los dones son los reyes magos, una tríada anticipatoria de una comunidad por venir.

La navidad muestra una parte de la estructura conceptual de nuestra comunidad. Una forma explícita del sentido común. Si la observamos detenidamente, aparecen todos esos signos obvios que, una vez consentidos, hacen aceptable una cierta forma de organización social para los dominados. Suele criticarse la legitimación de la cultura de consumo contenida en la navidad, especialmente su soporte institucional en la familia, el pesado mandato de los regalos, la alegría siempre insatisfecha del goce privatizado de una mercancía limpia y sagrada. Una mercancía, ante todo, navideña. Referir a la cultura de consumo limita la forma concreta de dominación que el modo en que vivimos esta fiesta legitima. **La navidad chilena se vive bajo el principio de la importación directa: no solo justifica una lógica capitalista del deseo, sino que hace evidente y aceptable la dominación imperial. Legitima, en este sentido, una forma generalizada de poder, más allá del contenido específico e idea política que se pretenda defender. Ninguna fiesta es tan explícita en este sentido.**

Walter Benjamin (2006:104) exhibe las mecánicas del procedimiento. Mediante un recuerdo de sus navidades infantiles, cuenta que junto con el mercado navideño aparecía entre las veredas de la gente acomodada la figura de los pobres. El paisaje navideño visto a través de su ventana trae también "soledad, vejez, privación –todo eso que los pobres se callan". Y, entre ese silencio, al escuchar en un villancico tradicional que "en el día de su nacimiento, viene el niño Cristo otra vez abajo a esta tierra para morar entre los hombres", escucha la posibilidad de la justicia. Luego, Benjamin relata que "el ángel que había empezado a asumir una forma en estas palabras se había desvanecido también con ellas", puesto que la familia lo llama para comenzar la cena. El ritual neutraliza la emancipación; esto no quiere decir que con otros rituales no sea posible. Habrá que imaginar nuevos discursos para la navidad. Abandonar las narraciones compactas de la abstracción comercial. Hablaremos de la excepcional comunidad que irrumpe durante las fiestas. Diremos que estamos asistiendo al nacimiento de un revolucionario. Escucharemos el contenido político del villancico *Adeste fideles*. Contaremos que en la infancia empieza el perpetuo movimiento de la insatisfacción y la creatividad, hasta originar entre el ruido ensordecedor de la publicidad indiscriminada el relato de un mundo que reclama su propia justicia. Y la crisálida de la navidad se quebrará para revelar su forma reconciliada en un cuerpo diferente. —**Rt**

Referencias

Benjamin, Walter (2006) *Berlin Childhood around 1900*. Cambridge, Mass.: Belknap of Harvard UP, Print. [traducción personal]

RT